

# Segunda estación de moras y halcones

Fernando Gargano



Escribentes

2020

Fernando Gargano

Segunda estación  
de moras y halcones.

EscribEntes

2020

## Editado por EscribEntes.

Seres de existencia real o imaginaria, máquinas y artificios que transforman una energía en otra, en este caso enunciados.

Imagen de tapa: Mario Liguori.

Segunda estación de moras y halcones. Fernando Gargano. Escribentes. Buenos Aires, 2020.



El registro de la propiedad intelectual está en trámite, pero a la vez, como la propiedad es el robo, “**Segunda estación de moras y halcones**”, de Fernando Gargano tiene una licencia de uso común: Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 3.0 Unported License.

Para descargar o exceder los permisos de esta licencia comunicarse a:

[correo@escribentes.com.ar](mailto:correo@escribentes.com.ar)

[www.escribentes.com.ar](http://www.escribentes.com.ar)

**Segunda estación  
de moras y halcones**

## I

### Más allá de la ruta del arroyo

"...Dicen que cuando los cometas pasan cerca de una estrella cuyo corazón es ámbar, aceleran los latidos de sus corazones helados.

Los más audaces, en su soledad se animan a cerrar los ojos, para imaginar que sus labios se humedecen al contacto con la estrella. Cosas de planetas; pero decididamente, he apagado la mirada por algunos instantes."

### Breves lecturas en un valle del Sur.

El mediodía se había desentendido de las almas solitarias que habitaban el valle. Era el silencioso imperio de la media tarde, bajo el manto soleado que precede las siestas. Koba descansaba tendido en un cómodo sillón de hierro, colmado de mullidos almohadones de lana virgen. Atenuando los colores del suelo gramillado, lo rodeaba la sombra de un jacarandá. La escena no trascendía ese pequeño cercado con dibujo de trapecio, teñido de flores lilas que el propio árbol había dejado caer. La comodidad era alterada por el gato de la casa, un felino sutil y simpático de suave pelaje gris azulado. En total parsimonia, el gato acompañaba a Koba. Lo hacía de

a ratos, saltando por sorpresa hacia sus piernas, inerte hasta aburrirse y brincar nuevamente en búsqueda del sol; cíclicamente.

Koba y su silencio; abrigado, resuelto y concentrado, junto a ese árbol que en la casa llamaban Encadenado. Era una escena que se repetía invariablemente, salvo cuando Koba viajaba al pueblo, a pocos kilómetros del valle. Ya había recorrido los canteros alterados por los primeros brotes de amapolas; unas delicadas flores que guardaban en su esencia el cálido y futuro tono naranja. Tatiana las había traído de Georgia, aquel país, en la forma de semillas. Era un preciado regalo de fin de año, bajo la sospecha de haber sido el último viaje al Cáucaso en la línea de su sangre. El mundo se había desmembrado y las largas travesías solo eran posibles en los recuerdos del pasado.

Tatiana, prima de Koba. Compartían la estancia viviendo en sendas casas construidas tiempo atrás, ahora separadas por unos treinta metros de almácigos repletos y canteros multicolores. Tatiana era mental y física; una inteligencia brillante por sí misma que activaba su latencia en sinuosas caminatas a través del llano, en el valle. Resumía puntillosamente datos sobre las flores y plantas del lugar, atendía sus ritmos y cuidaba los entornos, descubría nuevos cactus; tan atenta como a su propia edad o las estaciones del tiempo, usaba un cuaderno amarillado heredado de su tío. Nadie más vivía en las cercanías.

Encadenado era un árbol abrazado por una leontina despareja de eslabones bañados en óxido, que a través del tiempo se fueron impregnando en su corteza como apretado cinturón, a un metro de altura desde el suelo. Los motivos, solamente el viejo vegetal los sabía, si es que los árboles tienen conciencia o memoria. Un secreto entre los tantos de esa armónica cabaña. Allí convivían lo viejo y lo nuevo, entretejidos ilógicamente. Se configuraba un mundo extremadamente moderno, técnico y digital, a la vez que rústico y campero. La cadena se hundía en la tierra invitando a pensar que en su fin estaba el ancla que amarraba la totalidad de la estancia; Koba pensaba que de soltarse esa ánora, la casa entera volaría sin sentido empujada por el viento del sur.

Tatiana preparaba flores para una muestra que llamaban “La Trama”; un encuentro de activos ecologistas del mundo libre que esta vez se haría en el pequeña poblado tras los cerros. Koba, cada atardecer se dedicaba a estudiar georgiano; era el camino para descifrar los estudios y documentos de su tío Iakob. Enjambres de fórmulas y sentencias sobre redes, entropías y subjetividades colectivas. Iakob, había sido un audaz innovador. Hermano de su padre, de quien heredó el nombre. Koba se impuso sobre Iakob, para diferenciarlos; años después las singularidades ya no irían a importar tanto en el ambiente que habitaban. Era un tiempo furtivo y experiencial que proponía nuevas miradas.

Liberado de las presiones de las burocracias gobernantes en los años noventa, Iakob se formó y actualizó con los más profundos estudiosos alternativos de la Europa insurgente. Su fulgor era proporcional a la clandestinidad de sus actividades; los avances que lograban, eran paralelos a la peligrosidad contra el orden del sistema. Habían pasado muchos años; con todo, la estancia estaba a resguardo disimulada por las coloridas plantaciones florales y el trabajoso empeño de Tatiana por ocultar.

Koba estudiaba metódicamente. Volcaba los escritos en un grueso cuaderno de tapas rígidas, espiralado y sin renglones. Tapa y contratapa hacían un vivo mural colmado de grafitis y palabras inventadas. Le llamaba la atención que el georgiano no tuviese artículo en su gramática. Así, jugaban con Tatiana a hablar con su estructura, pero usando las palabras del español. Koba siempre perdía; la o el escapaban sin sutilezas desde su inconsciente; ella festejaba las victorias abusando de las prendas y los premios en juego.

Amaban compartir el estar allí. Se querían demasiado, como si el tiempo indicara un pronto final. Se gustaban como al color naranja de las amapolas: sin reclamarse. Solían recostarse a leer tras las cortinas de una ventana que daba al oeste, en el segundo piso de la casa; un mirador que bañaba de ámbar a las paredes y los cuerpos por igual. Pasaban mucho tiempo guardando un silencio de abadía, hasta que él o ella lo quebraba improvisadamente, para compartir alguna frase inteligente, o bella, que era lo mismo.

## La ruta del arroyo

El tío Iakob hablaba con los árboles. Ese era el rumor en la ciudad, no muchos meses atrás, cuando Iakob viajaba periódicamente para hacer sus compras. La intriga persistió a su muerte, como fábula incrédula. En los últimos tiempos, se había convertido en un confuso mito que arriesgaba el amparo de la vieja estancia. Indicios del misterio había en las comunicaciones experimentales, en los viajeros que arribaban de lugares remotos e indagaban como detectives sombríos, en los mensajes de los correos informales hacia el otro lado de la cordillera.

Koba descifraba. Raíces para las sospechas había en algunas cartas de Kevin Padilla, y en palabras sueltas de los manuscritos que Koba precariamente traducía del georgiano. Además, con algo de imaginación, la historia se desprendía de los dibujos repartidos en el desordenado laboratorio de la construcción, donde ahora Koba residía como un infante astronauta. Para más evidencias, los ojos debían mirar al exterior del valle, a la espera de las piezas faltantes. El universo lo contiene todo, las almas quizás solo esperanzas.

Kevin Padilla era un caribeño agradable, muy cómico; ampuloso y recóndito a la vez, con voluntad de líder. Emprendedor y arriesgado, hubiese sido un florentino perfecto. Fue quien trajo al pueblo el contrabando con los materiales de estudio de todos esos “rusos” que escaparon durante la caída del muro, a mitad de la investigación. En Koba despertaba admiración y celos. Las veces que pisó la estancia, Tatiana se entretenía demasiado con el visitante confiando en los sofismas y sus atrapantes historias que relataba con detalles inimaginados. Todo en él seducía. Sus ropas exóticas, sus pertenencias. Como hombre de viajes, sus computadoras eran modernísimas. El último Febrero, la información que trajo fue tan novedosa que revolucionó la estancia.

En los días que pidió para quedarse, él y Koba vivieron encerrados en el laboratorio, un taller abarrotado que daba al Oeste como la habitación del



segundo piso. Las montañas vecinas escondían cada tarde, al sol; igual que quien acuesta a adormir a sus pequeñas, con lentitud y esmero, en profunda paz.

En esos días, Tatiana se dedicó a leer, a caminar por el sendero que había gastado con sus pies hasta formar un hilo terroso de tres leguas hasta el arroyo. Por las tardes, hacía largos cortes; así alcanzó a descubrir algunas hierbas y nidos de pájaros nuevos, que tomó como un presagio. Fijaba en su memoria los colores minerales del cerro, registraba las fragancias, y captaba destellos del sol sobre las piedras. Seguía las líneas de los pliegues en las laderas, que ya sabía de memoria. Amaba la geología. Tatiana prefería trabajar fuera del taller, y su mente nunca descansaba. El cuaderno de fórmulas era encontrado azarosamente bajo el árbol de Koba, cerca del estanque o prolijamente olvidado sobre una gran mesa de madera que ocupaba el salón de la casa.

La inteligencia y audacia de Tatiana eran la llave del proyecto. Koba amaba aquella desconforme lucidez. Cuando la veía concentrada, se acercaba sigiloso y dejaba bajo su vista chocolates en barras o deliciosos té de hierbas que sus propias manos recogieron del llano. Pasaba cerca y la acariciaba levemente o deslizaba sus dedos sobre los brazos extendidos. En esos momentos, ella suspendía los pensamientos por segundos, solo por segundos.

## Convención

En las urbes gobernadas por el imperio, lo opuesto a movimientos como La Trama estaba representado en los congresos de La Convención. Allí, la filosofía de la existencia se había impuesto sobre las formas de pensar críticamente el mundo. También se desplazaron al olvido todas las filosofías del espíritu. La Convención representaba la coronación de una gramática; las últimas voces que se alzaban contra el orden maquínico apenas bramaban levemente desde el exilio. La civilización agonizaba sin razón, y

la filosofía existencial de la oficialidad, -disciplina ya estatal- cubría como una niebla absurda cada resquicio de las ciudades pobladas. Se podía decir que olía a relente y su color era un gris desencantado y banal. En otros tiempos hubiese cobrado el carácter de una religión. Solo una apatía general la protegía de su propio escarnio.

Los últimos latidos de la revuelta habían sido perseguidos arteramente por la Guardia Armada. Los rebeldes habían sido expulsados al mundo exterior. Los pocos habitantes diseminados entre la naturaleza y las ciudades destruidas, habían ganado libertad resignando el acceso a los pilares de los avances medicinales, a sus bibliotecas y archivos culturales y al cálido confort que regalaba la tecnología dominante.

La escuela que pensaba el ser había robado el cetro de la verdad; su elite intelectual iniciaba el espectáculo íntimo de la contemplación de un ente total y armonioso. Como yemas y zarcillos se desenvolvían inútiles discursos que jugaban a la libertad sin cuestionar la podredumbre de su tronco madre, una sociedad de apariencias pronta a desaparecer. Se sabía de un cuerpo celeste que caía hacia la tierra, el cual daría un golpe certero y letal. Los astrónomos habían descubierto un meteoro enorme que avanzaba lentamente sobre el mundo. Las multitudes se entregaron a una especie de negación absoluta, frívola y banal. Ni siquiera el pánico inicial despertó del sopor a aquellas ánimas televidentes.

La existencia en situación había sido el sentido general de las personas en el mundo de la posguerra; ahora bien, si existir era trascender, de qué valía pensar en un mundo condenado a ser roca encendida en un plazo tan cercano. Esa era la premisa autoindulgente de la casta dirigente. Un pequeño número de habitantes de las islas del Ártico guarecidos en las fortificaciones boreales. Con el poder de mando sobre una humanidad diseminada y obediente se arrogaron el derecho de pensar por la totalidad. Y ese todo, delegó conforme. El mundo se había dividido entre quienes moraban el sueño de los espectáculos digitales y quienes se aventuraban en la anarquía del Mundo Abierto, como se llamaba a las moradas por fuera de las urbes fabriles.

El Mundo Abierto contaba con un sólido sistema de información; profunda autonomía y un resto de derechos jurídicos protegidos por la fuerza amenazante de las fuerzas radicales de las montañas. Fragmentado en un archipiélago de pueblos diminutos, ese poder armado sostenía su potencia en el secreto de su verdadero alcance; un baluarte temerario con que el enemigo eligió no confrontar. El avance imperial optó por desentenderse de aquel exterior improductivo. En su ficción lo declaró inhóspito negándolo para siempre.

Los únicos institutos de exploración del cielo trabajaban con el telescopio Maxwell, y según los cálculos de los ordenadores de la corporación gobernante, en exactamente ciento treinta y cuatro años el cuerpo celeste llamado Malaver impactaría en la tierra. Se esperaba un daño total en los sistemas de vida de la superficie. Sin embargo la ausencia de sentimientos y la indolencia general impedían cualquier angustia esperable en un mundo por morir. En las pocas ciudades que quedaron en pie tras la gran guerra, la vida cotidiana se desenvolvía en aparente paz. Pocos deseos dejaban de cumplirse. Precisamente sin deseos. Sin arte ni creación, sin hambre ni miseria, a la vez carente de sentidos y sueños. La vida urbana transcurría como una colonia de insectos bregando por su reina. Un mundo digitalizado reparaba las falencias del espíritu con la velocidad de las fibras ópticas en recepción mental multiplexada.

El Malaver era una esfera brillante en el cielo. Según la época del año desocultaba una pequeña estela de polvo y gases, que el sol iluminaba asimilándolo a un cometa. La gente metropolitana lo ignoraba como a sus fantasías. Para el mundo libre, en cambio, era el desafío máspreciado. Aquella roca era la incitación más cruda a pensar el presente; aferrarse a la vida sin más era el paso siguiente a bajar los ojos al césped, al agua o el llano, posarlos sobre la ladera de un cerro. Esas sensaciones fueron creando la llave de la esperanza. ¿Y si el final no se acercara inexorable? Ilusión y resistencia germinaron, en los parajes libres, como algo más que preciadaspalabras.

## Último verano en la ciudad

Hernán limpió la suela de sus zapatillas en el pasto del cantero, a pocos metros de la puerta, como si abordase un living recién encerado. Así, entró en la despensa. Siempre cuidadoso, también lo era con sus compras. Había bebido bastante en una cena abundante; ella aun dormía en la casa. El barrio se le presentó despoblado y sin los signos de los días de normalidad; oyó pájaros que frecuentemente están ausentes, y las calles albergaban más perros que de costumbre. Los gatos de la cuadra aprovecharon la vereda soleada. Casi no vio automóviles.

Pagó con el dinero justo y guardó los billetes grandes como quien emprende un ahorro o un proyecto. Algo de eso estaba sucediendo. Iniciaba el año en Castelar, con los ecos humeantes de los fuegos de artificio y las inútiles explosiones de la noche convulsa, se prestaba al primer almuerzo del Enero que arrancaba. Su visita tenía el tinte de la primera parada en un viaje incierto pronto a comenzar.

El y ella. Dos personas solas. Habiéndose tenido uno a la otra, una al otro. Habiéndose acariciado hasta el sueño enceguecido del alcohol, posponiendo para la tarde fresca el placer de conquistar sus cuerpos. Iba por el almuerzo como gesto que inaugura un ciclo. Ella prepararía la casa para un domingo otoñal enclavado en el primer día del verano del año dos mil treinta. Otoño en verano. Enero, uno.

Hernán tuvo su mañana de amparo, de paseo y de sueños. Debía alimentar la cura. En un quiosco del camino compró un cuaderno de hojas brillantes. Iba por la poesía. Iba por su corazón. Mientras tanto, en una casa baja y fresca de Castelar, con un jardín bañado por la lluvia que suplantó repentinamente al sol y alguna mascota orillando el silencio, una mujer aún sin nombre sabe que se ha enamorado. Así, prepara la mesa para compartir un primer almuerzo: dos vasos azules de vidrio tallado, un mantel liso, y ella.

La tarde de ese primero de enero no fue diferente. Hernán abre su libro y se presta a leer, interrumpidamente, más tiempo pensando que recorrien-

do las palabras impresas. Luego de cenar encontró un regalo envuelto en celofán, con el número del año entrante. Ordenó un mapa y dos cuadernos completos, atiborrados de marcas multicolores y trazos de diferentes manos. Delataban años y trabajo de muchas personas. En lo que quedó de la noche, hasta nacer la mañana eligió escuchar música. Lena prefirió dormir, ya había preparado hasta el último detalle del viaje. Ella lo sintió vacilar y preguntó si tenía algo de temor. Antes que Hernán pudiese contestar, repitió una frase antiquísima. "Quien sufre antes de lo necesario, sufre más de lo necesario."

### **Estación Sur**

Es nuevamente de noche. Hernán y Lena pasan por la vieja y abandonada estación de trenes y juegan entre los durmientes de madera quebrada, inflada por los años y habitada por insectos en colonias inverosímiles.

Alcanzan la estación del Trasposer y reservan dos pasajes hacia la Estación Sur. Tendrán dos horas de dormir en un cómodo camarote para estar luego de un breve camino, de paseo en la montaña. Hernán mira al cielo y agradece a su suerte por ese enorme bienestar. Recuerda antiguos momentos de su niñez cuando un viaje como el que lo esperaba, llevaba casi un día. Lena le tomó las manos y lo invitó a apurar el paso.

En el horizonte, el asteroide Malaver parecía un planeta más. Las pocas personas que accedían a las noticias ya no hacían de él la usina madre de sus angustias. Lena puso su tarjeta en la estación de destino. Sin consultar señaló una semana de crédito y la excursión al observatorio. Los guardias aceptaron la documentación y Hernán asintió simulando no tener chance de negarse. Fingieron una conversación que distrajera cualquier pregunta, "no pensamos volver a Castelar sin ver al Malaver acercarse al planeta". El Trasposer estaba a pocos metros; una vez en él, ya no había rastros visibles de lo que llamaban Gobierno.

Recibieron un sobre con las indicaciones legales; rebasados los plazos, las computadoras centrales borraban todo rastro de ciudadanía, propiedades, recursos y pertenencias a espacios colectivos oficiales. No atravesar los límites de la urbe era un freno interior incuestionado; no necesitaba de guardias armados o muros imbatibles como en tiempos pasados, la decisión del autoexilio estaba al alcance de cualquiera. Pero esa decisión no tenía vuelta atrás. Preguntaron algo nimio sobre el día y horario del regreso y algún detalle del observatorio; por fin siguieron camino casi en soledad. Muy poca gente ocupó esa nave propia de un comic adherida a tres rieles magnéticos que brillaban como diamantes. Notaron que no había tripulación oficial, ni guardias ni cámaras a la vista. El paisaje que adelantaba imágenes desiertas era espléndido, un cielo azul recortado en su horizonte por pequeñas lomas redondeadas.

Al llegar eligieron donde comer algo y caminaron por las calles silenciosas. La rutina de las personas que la poblaban los ignoró casi por completo. Solo un niño se acercó a ver sus ropas. Una joven mujer los saludó con un gesto, ningún rastro de hostilidad alcanzó a incomodar su llegada. Notaron que al irse el Trasposer, los rostros locales cambiaron levemente. También fue diferente la actitud hacia las visitas.

Era su viaje menos pensado. Amarrado al viento, un perfume de arándanos les recuerda a cada paso la lejanía de sus cotidianos tránsitos. El cielo continúa brillando azul. En la cima del cerro el observatorio es un minúsculo habitante junto a los zorros rojos o las cabras andariegas. El moderno Maxwell es como una cueva en la montaña, sin gente ni comandos. Energizado de manera autónoma, da igual costear la ladera que pasar por su cemento y dar una mirada hacia el cielo fatuo; es como un faro abandonado que ya no requiere atención. Se diría que depende de los dioses. El imperio tiene su acceso remoto totalmente desentendido de lo que ocurra en el desamparado Sur; aunque ya nadie se interesa por nada que sea parte del saber en los grandes cúmulos urbanos.

Casi no hay nieve en verano; las flores deslumbran. El color que predomina es el amarillo. Lena tiene ansiedad, Hernán curiosidad. Ella ha leído

todo cuanto pudo del Malaver, y ha gastado tardes enteras explicando a Hernán las cuestiones físicas de la orografía del sur, que tallan las suposiciones más extrañas sobre alquimias y combustiones para cuando el visitante se acerque al mundo. Hernán aprende; aspira cada saber como si respirara en un bosque. Sabe que sus ojos se multiplican junto a Lena. Valora esa simbiosis tanto como sus labios o su voz de lectora apasionada.

En la plaza se cruzan a charlar con habitantes de lo que era el viejo Chile y los valles del Neuquén; celebran que el mapudungún haya recobrado terreno y se asombran del mosaico producido por las diferentes diásporas. Ya no hay alambres en los prados. Las montañas no solo son refugio de los cóndores; cientos de exiliados unidos a la resistencia han hecho de esa tierra una Babilonia sin urbe. Descreen del cálculo de choque del meteorito Malaver. Además, más de cien años se vuelven un futuro infinito como para inyectarles tamaña preocupación. Haber escapado a la enseñanza escolar los prepara de manera diferente ante el porvenir.

Hernán sigue siendo un hurraño romántico que no puede amar sin sufrir, parte de eso es ese viaje al sur. Lena olvidó sus penas en el Trasposer y está dispuesta a gozar de cada paso. En el camarote dejó su vieja vida. Tienen saberes suficientes para un exilio sin preocupaciones; en su declaración firmaron quince días de vacaciones que nunca cumplirán. En ese acto, perdieron sus bienes y sus identidades; con ellas, aquel cuadro pintado en la antigua técnica del aceite, donde una ciudad hundida casi sobre el manto, emergía hacia los hielos del sur, o las pinturas sobre el arca del diluvio de aquel dogma olvidado de las viejas culturas.

Hernán se tiente con helado y la convence de comprar para el viaje al cerro. Ensayan el pago con monedas de energía que en el imperio hubiesen sido clandestinas. El ocaso pinta el cielo de cien colores. La luna se ve enorme y naranja. Lena posa su mano en la rodilla de Hernán, él la besa y señala un colibrí que toma agua de un capullo. Cuando era niño dejaba agua dulce en un frasco atado al árbol de las flores lilas, para fotografiarlos al beber. Lena se enternece con la historia y se deja abrazar. Astuta, eligió la vista al ocaso por si el abrazo se extendía demasiado.

## Sueños de viajes y esperanzas

La historia había comenzado demasiados meses atrás. Hernán atravesaba la ciudad amurallada. Sufría el calor en su piel lastimada. Ese mismo calor que lo llevó hasta el parque central le señaló un árbol de sombras; eligió soledad por un breve lapso. Un remanso.

Leyó, leyó pacientemente. Cada tanto se aseguraba de estar a cubierto; la sombra lo acorralaba como un ejército, la línea del sol lo apretaba contra el árbol. Solo el pasar ocasional de las nubes borraba el asedio. Confirma que el mundo gira. Que nada es estático, como había dicho aquella mujer en el video sobre Filosofía que vio en la red. Movimientos. Como ese de la luna cuando escapa del telescopio de Lena, como el movimiento del pájaro alrededor de ese banco vacío. Se reacomoda y lee. Estudia. Lee y piensa. La población se escindía entre quienes tomaban en serio los rumores del impacto y quienes estaban ajenos a toda comunicación. Personas desentendidas, verdaderos zombis vivientes, habitantes de la llamada postinformación; despectivamente eran llamados mélanos. Algo así como melancólicos.

Hernán renegaba de un pasado reciente en el camino de la ataraxia, y la sed de saber le había señalado la ruta del arroyo. Una misión extremadamente clandestina de salvación y armonía. El padre de Lena, viejo ácrata asesinado en la última revuelta, legó el contacto con aquellos rusos escapados de las universidades oficiales. Tenían argumentos de sobra para descreer del relato oficial; pero también, tenían indicios para creer en lo irreal. Es así como Hernán y Lena iban al sur.

Si las estimaciones dejaban el golpe de la roca para un corto siglo futuro, nada justificaba el clima trágico que militaban los milenaristas; pero en un mundo de dominios, la sujeción es la norma y la premisa material es el terror. Hernán estaba a salvo de eso y Lena sabía vivir. De aquella simbiosis, resultó su viaje hacia los valles.



Lena despierta de un sueño liviano. Promedia la noche, y en la ventana descende un cielo oscuro con hilos rojizos bordados por estrellas y nubes bajas. Mira ese cielo desde su almohada; se levanta, descalza, y sin despabilarse del todo busca algo para beber. Los sonidos de sus pies desnudos son tañidos en la nieve. Un vaso de jugo fresco inunda su boca. Se refriega los ojos y apura el paso hasta volver a su cama.

Mira el reloj por costumbre e ignora a propósito, el dato de la hora. No es de día. Mañana es sábado. Eso basta para desplegar su cuerpo desatendido bajo aquellas sábanas limpias y perfumadas. Su soledad es premio de paz para aquella noche. El cielo está algo más rojo, pero la noche continuará un tiempo más. Se acurruca y vuelve a tender su cuerpo en línea recta. Desenreda su ropa y solo por un instante piensa en él. Solo un instante. No más. Se deja dormir otra vez y tal vez sueñe. Su soledad esa noche ha sido un premio. En sueños, su boca va a ser besada, pero ella eso no lo sabe.

### La lenta red

Sábado en la mañana. Nuestra mujer en atuendos de trabajo rescata de una pila de papeles, un borrador con ideas a pulir. Su atavío es ropa suelta y el cabello a un lado, los brazos libres y los pies descalzos. La mente abierta y el corazón uniforme y leve. Ha hecho mate; la escena es un living que emigra hacia el balcón, y viceversa. ¿Qué dice el borrador? ¿Qué indica su presagio? Si la verdad está en el todo, esa mañana prefiere la mentira.

Arroba unas macetas lacerando los pequeños terrones. Indaga en la fauna diminuta. Se detiene en un diálogo. Son las voces de una araña y un paciente caracol, contando usos políticos por los humanos, de sus vivencias animales. Toma el lápiz con las manos barroas y transcribe. La entrevista bosquejada en un papel es esqueleto de un tapiz bordado con poesías.

“De mí se usa la red, confiesa la araña en su maraña, de mí la lentitud, dice el molusco. Dicen que voy lento y no ven que acudo raudamente, mentan

que es mi casa y no ven que es caja de herramientas, asegura el bicho raro mientras entrecruza sus cuernos y da brillo a su huella nacarada. A mí me han puesto de moda, pero de nudos apenas si saben liar las cuerdas en sus zapatos; y enlazar, las personas no lo saben hacer”. Quienes nada saben de arsenales hablan de guerra, siempre es así.

Todo escrito a pulso ensordecido, carta borroneada y dibujo mapeado en clave de mate que sube y baja de la mesa. La boca de aquella paciente escribiente podría ser besada por el ángel. Revisemos las metáforas, piden desde un margen las instrucciones. Comuniquemos con formas, piensa ella y él asiente imaginario. Como la araña, que no habla ni prescribe. Y así, ella mira al oeste porque el cielo se opaca, y él hacia el cenit porque las últimas nubes corren a buscar la noche. Ella dará ideas, el enredará, el masculará ideas, y ella anudará. Ella irá por música, el escuchará.

El viejo afiche concluía sentencioso: “Somos insectos en las literas del poder. Puede que el imperio arrase con el presente, pero hay esperanzas, sabemos de los brotes en las conciencias, sabemos de caminos, sabemos bien de nuestros corazones guerreros.”

### **La posada del viento.**

Lena decide tener hambre; un camino indirecto hacia una copa de vino de la villa. Hernán camina en el sendero, uno o dos pasos atrás. No era raro que caminaran en fila, continuando sus pisadas, alternándose azarosamente el lugar. Esa vez, él iba a la retaguardia, cantando imperceptiblemente. Lena alzó la voz disminuyendo la marcha, se acercaron lo suficiente como para interrumpir aquella canción.

- Algo que me gustaría hacer con vos es almorzar, aquí y ahora.

Lena proponía un alto en el camino, un poco de vino y una sobremesa. Y reír, sin compasión, como parecen hacerlo las abejas en suspensión, que había por decenas.

Hernán recordó inmediatamente la razón del viaje tal como lo plantearon: “Nada de rutinas, ni repeticiones que ahoguen la mente. Una aventura. Un abismo en cada trago. Un mínimo equipaje, el menor lastre. Espacios suficientes para que las palabras fluyan, y la risa, la broma, el delirio, puedan jugar libremente. Luego caminar otro rato. No enseguida, si hay algo valioso en esas sobremesas es que no tienen tiempo”.

Lena, maravillada en el paisaje, tenía muy clara la meta; sus esperanzas variaban al ritmo del cansancio. Su persistencia jamás se convertiría en parodia, la mirada abierta que había aprendido a tener era como un felino oliendo contra el viento. Hernán confiaba plenamente en su intuición, y así se dispusieron a tramitar su entreacto.

A la distancia se veía un cartel, que adelantaron sería el parador que preludiva al pueblo. Una apuesta. Lena pensó el menú arriesgando una posible desazón. Hernán era de andar sobre las aguas. En su sentir ya salteaba el almuerzo y diseñaba ansioso un truco para aprovechar la dulzura de Lena en el descanso. Una segunda botella antes de terminar los platos. Se dijo para sí: “Poco alcohol, pero el suficiente para acercarnos y hablarnos cerca”. Y así fue, llegaron y almorzaron. El vino fue exquisito. Largas risas y maravillosas montañas nevadas en el horizonte. El caminar que siguió en el orden, no tuvo rumbo. El alcohol dejó ese estado en que los cuerpos necesitan tocarse levemente y lograr referenciarse. Sonidos de bosque y anónimos crujidos. Las montañas del Oeste daban escala exacta de su enorme pequeñez.

Caminaban, caminaban, y las moles rocosas en el mismo sitio. Solo las flores amarillas que adornaban la zona parecían alcanzar en la distancia, el encuentro de nubes y nieve. Un rato de marcha y entraron en los cerros que anticipaban aquella cordillera. Sus manos se rozaban como las ramas de los cipreses. Ante uno de los pasos conjuntos, Lena frenó la marcha de Hernán con su mano en el pecho. Quiso descubrir por sí sola el origen de una ráfaga musical en el vibrar atemperado del viento. Era un arroyo. Se adelantó descalza entre las piedras y tomó posesión.

Quiso mostrarse; detrás Hernán miraba sus pasos y las huellas de sus pasos. Se había detenido. Por primera vez en el día reparó en la sensualidad de Lena al caminar descalza. Solo la admiró entre el césped parejo y suave que dejaba espacio a otros suelos de piedra y arena. Ahora, bajo los pies, pequeñas agujas tornasoladas hicieron lentos sus pasos.

Lena probó las aguas que bajaban de la ladera, más fría que tibia. Limpia y espumante. Él la miraba desde una distancia prudente. Es la naturaleza en soledad, acorde al cielo azul. Ella levantó sus ropas, levemente para resguardarse. Una roca alisada la invitó a sentarse. Tomó de su calor acumulado; miró a lo lejos y respiró profundo. Recién allí intentó una comunicación con él. Su solitario ritual había culminado. Hernán no se acercó enseguida. Sobre el cenit, dos aves enormes volaban en círculos. Era una danza de planetas furtivos que rompían una y otra vez su ley. Ella parecía guiarlos, ella era su sol en tierra. Las flores amarillas continuaban allí. Indiferentes.

### **Vino dulce en el arroyo de la montaña.**

Dos piedras ahuecadas invitaron a Hernán dejar una botella de vino a resguardo del calor. El agua destemplaba ambos cuerpos. Lena tendía sus manos para sortear las piedras resbalosas. Entraron al agua con pasos lentos y seguros. El arroyo formaba un sendero serpenteante y recóndito. El sol no lastimaba, y las aves habían abandonado el sitio al oírlos llegar. Quitaron sus remeras y las envolvieron para lanzarlas a la pequeña playa donde habían dejado sus mochilas. Se permitieron jugar, reír, olvidar por un rato toda seriedad. Discutieron. Midieron la fuerza y dirección del viento, el arco de la parábola; no decidían quién tomaría primero el riesgo. Reían. No había gravedad en el asunto, era solo agua pero en su juego parecía una cuestión trascendente. Lena se impuso. Arrojó fuertemente la esfera de tela hacia la arena. Un zorro pequeño y rojo como el día estaba husmeando sus pequeños bolsos y huyó por la sorpresa. Casi no había

animales en la ciudad. Para Lena todo era éxtasis. Hernán era sorprendido a cada segundo por alguna novedad de la naturaleza. Como si hubiese un pacto, sus manos no se soltaban para no resbalar.

Pasaron un largo rato en mirar el agua; y bajo el agua, ese largo rato era buscar piedras de colores en el cercano fondo. La corriente pulía una a una las pequeñas gemas, ininterrumpidamente. No había más colores que grises o verdes y marrones sin deslumbrar. Caminaron arroyo arriba; volvieron hacia el vino. Se sentaron casi acurrucados contra una cascada en miniatura donde se creyeron gigantes. Tomaban un trago y dejaban la botella al fresco del arroyo. Un dios pluvial los envolvía en un estado de ligereza celestial. Un relevamiento de placeres entraba en sus memorias para no escapar nunca jamás.

Flores lilas, insectos de otros mundos, formas en las rocas de la ladera. Nubes que venían a mirarlos. El viento cómplice que las disolvía en el aire. El sol que seguía latente y sin lastimar sus pieles. Sus pieles que se apoyaban una a otra resbalando como sus pies en las piedras del suelo. De pronto, notaron que volvieron los pájaros, pájaros de colores y aves de músicas inéditas.

Poco tiempo después, un silencio en sus palabras dejó que el entorno los envuelva sin previo aviso. Antes de las primeras marcas del ocaso, aquel fugaz paraíso de cerro y agua, ya era un secreto más entre su lista de misterios. Ya en la noche, la imagen del zorro acompañó a Lena hasta dormirse y el vuelo de los pájaros ayudó a Hernán a entrar la noche. Aun en sueños, sus manos se apretaban fuertemente para evitar el musgo suave de las piedras.

### **Refugio del tiempo**

Antes de llegar la noche se instalaron en un refugio, tal como lo habían planeado, pero con un frío inesperado. La cena fue un destiempo inexplorado. Cena silenciosa, no más que un prelude moderado que cerraron con

un postre almibarado y un plácido husmear de sonidos y luces en el exterior.

Son más de las tres, del promediar la noche. Lena despierta y se encuentra en brazos de Hernán, desnuda de toda ropa, envueltos en una sábana como si fuesen presos de una araña que se regocija con su amor, y una cálida manta que aprisiona sus latidos. Sus cuerpos están profundamente entrelazados. Ella no tiene frío ni calor, su cuello descansa en una de las vueltas del brazo que la rodea.

Lena recuerda el desenlace de la extensa noche que precedió la partida. Hernán la había besado en los labios cuando se desentendieron de toda angustia. Sondearon sus miedos y se propusieron entregarse, al derrotero. Tanto al derrotero que ya estaba ante sus pasos, como a los signos de quienes investigaron antes el paso del Malaver. Si debían elegir un destino, seguro tomarían al de Moira, mas nunca el de la Providencia.

Así, recostados sobre la almohada. Ella lo enlazó con una mirada aguda, Hernán acarició su espalda el tiempo suficiente para que el silencio ordene la senda. Lena era como las arenas en la playa. Parecía fluir entre los hilos de las sabanas para renacer en las caricias que la sometían. Instantes antes de dormir estaban abrazados a la música suave que ella misma había elegido antes del ritual. En el momento de perder la vigilia, que rigurosamente hicieron a la vez, Lena suspiró y dijo “no me sueltes”.

Ahora, en el refugio, desde las nubes grises goteaba una lluvia mezquina, que no alcanzaron a percibir. Lena y Hernán eran solo dos personas abrazadas en la inmensidad de un cielo también inconmensurable, envueltos en una sábana como si aquella araña se regocijara, nuevamente, con su amor.

Al otro lado del cerro, Tatiana leía el reflejo de la luna llena esparcido en el pedregullo vidrioso del camino, entre su jacarandá y el estanque. Eran las cifras del secreto cobijado por el valle, la llave de la supervivencia.

Un aroma metálico, casi imperceptible había penetrado en el ambiente. Tal como lo describieron los rusos que regalaron los planos a Hernán y Lena,

la noche que supieron del secreto en el valle sobre el impacto del Malaver. Hernán saltó a la ventana. Vio las estrellas reflejadas todas, y una a una, en cada piedra esparcida en la ladera. El color del brillo escondía la precisa información del suelo, un vapor invisible delataba un subterráneo yacimiento de la salvación del mundo. Habían llegado. Aquella luminosidad de luciérnagas en piedra, alejó las dudas que angustiaron por breves momentos el largo viaje al sur. Habían llegado. A pocos pasos, Lena se desenredaba de las sábanas ignorando que Hernán había saltado a la ventana.

### Los túneles de antaño

Lena lee una antigua carta de Hernán. “Hoy supe que representas para mí. Sos ese momento para el caminante que ve correr las aguas cruzar el arroyo, cuando elige las piedras a pisar. El margen del rodeo o la cuenta de la propia espera. Sin tiempo ni medida. Sos allí. Eres el arroyo por ser arremetido y el agua que moja las manos. Quien desvanece el entorno cuando los pájaros sobrevuelan las nubes. Sos las manos, el agua, el murmullo. Sos la espera al hundir mi espíritu en su líquido. Sin tiempo, sin medida”. Nadie imaginaría que un verano después Hernán y Lena cruzarían los cerros del sur como almas arqueólogas de una fantasía, en búsqueda del puente a la civilización de las profundidades.

En la salida del pueblo y camino al valle, una pareja de jóvenes del pueblo fue compañía por algunos tramos, luego de haberles dado pertrechos livianos y comida suficiente. En un vado, recibieron leves indicaciones y un abrazo fraterno. Siguieron en apacible soledad; solo habría un refugio a dos días de marcha. Después, encontrarían el valle sin mayores penurias. Solo caminar. La lejanía del horizonte y el silencio cruzado por el viento acurrucaban en sus pechos la seguridad de un mundo libre. En el cielo, la luna es una imagen de tarjeta postal. Hernán susurró una ocurrencia. “Dan ganas de dar vuelta el cielo y leer que secreto guarda escrito en su rever-

so”. El perfume de las lavandas delata colores violetas antes de emerger a sus miradas.

Llevaban años de estar juntos. Habían saltado revoluciones, paradigmas y modos de viajar; vieron nacer ciudades y sucumbir otras. Recorrieron lecturas y maneras de leer. Vieron mutar una lengua. Ella todavía guardaba esos antiquísimos libros de papel en una casa a donde jamás volvería. Ya solo los leía de sus copias digitales, que a la vez y con los años cambiaban sus formatos con la inquieta ciencia y ahora llevaba consigo, imperceptibles. En compañía, descreyeron el relato del impacto y se ampararon durante los meses de la revuelta. Cooperaron con los rebeldes de las montañas, ocultos desde la ciudad. Corrieron peligros. Fueron almas clandestinas. En ese devenir, algo perduró. Algo se sostuvo en el tiempo como símbolo de amor.

En medio de ese bosque cubierto de estrellas, bajo un resquicio de luz de luna -la misma de sus jóvenes años- hicieron un alto. Dibujaron un corazón en el piso, con una rama que parecía un tridente arañando suavemente la tierra floja y enmarañada. El rojo lo tomaron de las hojas caídas de un árbol pequeño, que parecía haber esperado toda la vida para ese rito. Solo eso, un juego para dejar una marca efímera en su paso. Dos o tres veces se detuvieron a mirar al Malaver, cuando su posición en el cerro lo permitía. Por último, casi al descender, ya no le dieron más importancia que a las propias flores a uno y otro lado del camino. De vez en cuando unos pájaros diminutos y renegridos chirriaban celosos de sus pasos. Casi llegaban a destino y un sobrio bienestar invadió sus corazones. Había algo de esperanza en las muestras minerales que Hernán llevaba al valle; si la historia de la ciudad subterránea era cierta, aquellas personas sin religión ni brújulas extrañas, estaban dando un paso trascendente.

En el valle, Koba recibe la noticia de los visitantes sin euforia pero alerta y abierto al destino. Sus ojos comenzaron a atender el camino de entrada que se extendía como un hilo hacia la ladera. Sin dejar de seguir con sus tareas, estaba preparado para recibir aquellos cuerpos aventurados que estaban por llegar. Tatiana tiene la ansiedad de una mujer de ciencia, a



punto de comprobar sus más preciadas tesis. Ese día no salió a caminar. En un acto reflejo, contempló al viejo árbol. No alcanzaron a decirlo, pero lo sabían firmemente. Encadenado, estaba preparado para hablar. La ciudad sumergida, atizaba su mito; de un momento a otro. Se tendía un luminoso puente de rumores hacia aquellas almas solitarias que poblaban el valle.

\* \* \*



## II

### Segunda estación de moras y halcones

"... y la mujer entendió que todo había sido un sueño extraño.

Aquellos días grises fueron superados por una larguísima primavera. Estación de flores azules de lino y luces piramidales por las noches.

Nunca sabrá que uno de esos triángulos, índigo, iluminaba solo para ella...".

### Cartografía de un barrio inquieto

He dado por fin con la persona que busqué sin pausa en los últimos dos años. Su nombre es Boris Kiril, un hombre ruso que vive en Buenos Aires. Descubrí su casa de casualidad, en la calle Santander; a pocos pasos de formar esquina en Bonorino. Los árboles de su jardín se ven desde la soleada Carlos Ortiz. Son los inicios de un barrio sereno; con pasajes angostos, como las casas. Los nombres son dispares; Evaristo Carriego, Nepper, Espartaco. Robertson o Perrault.

Kiril es joven; un muchacho parco. Aborrece de lo que gusta a la gente corriente, de quienes escapa como un duende frágil. No ve fútbol, ni lee o escucha sus rumores. No pierde tiempo en el almacén, al que entra y sale como un espectro. No habla de política; escribe de la sociedad en un cua-

derno angosto sin perder tiempo en evangelizar. Es un filósofo gastado, religado a sí mismo, sin carisma. Casi no muestra lo poco que escribe. Boris viste ordenado y cuida los colores. Repudia al blanco y jamás abusa de los tonos claros. No se enamora; intuyo que en las charlas profundas delata decepción. No se enamora; no habla de desengaños. Generalmente lo acompaña una mujer de quien no tuve información. Pese a todo, Kiril nunca sostiene ser huraño, jamás le sale. Abjura del destino. Boris Kiril descreo del azar como del amor.

Su barrio tiene una particularidad. No todos sus mapas son iguales. Sus recorridos de a pie chocan con la unidad esperable en las cartografías callejeras. Boris vive en ese laberinto escondido y paradójico. En el Bajo Flores o Flores Sud como decían los antiguos. En ciertos mapas pueden contarse cuatro cuadras desde Lautaro hasta Pedernera. Otras cartas cuentan menos. Hay una placita en Robertson y Zuviría que en las guías barriales no aparece, de la que hay decenas de anécdotas. Encontré croquis que hacen llegar la diagonal Navarro hasta la plaza Don Segundo Sombra, que de día es imposible recorrer porque se corta en Rivera Indarte. La plaza y su manzana lindera toman forma de Renault Cuatro. Se dice que la calle Alonso se estira hasta Avelino Díaz en las noches sin luz, pero nadie pudo probarlo, todavía.

La gente del barrio desatiende esas diferencias, vive ingenua en sus rutinas. Quizás no quieran saber. Ejemplos hay varios: la señora Ramos está más cerca de Lautaro que Don Emiliano, aunque ambos viven en el pasaje Tesla una frente al otro. Una pareja de chicos de la escuela diez se encuentra a escondidas en Espartaco y Asamblea. Esa madre sabe muy bien que Espartaco no cruza Eva Perón; sospecha con asombro que su hija comienza a enamorarse. Cautelosamente, él —no sabemos su nombre— lleva chocolates de regalo que entrega con orgulloso a su jovencísima pretendida. Se los suele ver llegar desde la plaza, mas nunca partir hacia allí.

Boris Kiril camina hasta Varela sin repetir dos días seguidos su recorrido. Su meta diaria es la estación de subtes que está algo lejos, por lo que llega despacio y desciende lento, cual lagarto, los incontables escalones que lo

llevan al andén. En realidad su destino está más lejos. Todas las tardes, recorre el túnel desde Varela hasta San José en el tren subterráneo, que toma casi vacío. Boris Kiril sabe de los secretos de la estación San José. Es por eso que lo he estado buscando.

### **El oráculo de los pobres**

Burucúa recorre un camino contrario al de Kiril, una vez al mes. Va hacia el otro lado, que también es sur de la ciudad. Al otro sur. Solo una vez al mes, y viaja en ómnibus. Esos viajes han sido una repetición alterada únicamente por alguna mañana helada inesperada; su última visita es una verdadera excepción, mas no por el clima.

El empedrado desatornilla levemente su esqueleto poniendo en riesgo su labio inferior; Burucúa tiene el tic de morderse a sí mismo de ansiedad. Desde la monta del último asiento de la fila de uno otea el panorama. Una mujer lee un libro, el resto divaga o revisa el teléfono. Afuera es igual pero de a pie.

No quiere bajarse. Los primeros soles de la primavera nunca le gustaron. Escribe desprolijo en su cuaderno de tapa dura mientras mira en la ventanilla el estado del cielo; así olvida el camino por unos minutos. Burucúa engrillado a una idea desatiende Buenos Aires. Es feliz, va a conocer su destino, al que tratará de anticipar para ver si gana el juego.

Llega a los barrios relegados, lo percibe en el colectivo casi vacío. El paisaje es otro. Se nota en los autos, las veredas y la ropa vestida. Se nota en los rostros y en el cielo más a mano. Baja donde corresponde y camina pocos metros; en una calle lateral toca un timbre cuyo botón flamea sostenido por el cable. Alguien abre sin preguntar y Burucúa entra sabiendo de cada baldosa de esa construcción. Un leve pasillo da a un pequeño patio cerrado. Conoce el lugar.

La sala tiene una mesa enana rodeada de sillas desiguales, una pared descascarada y todo tipo de adornos, vistosos, descoloridos, económicos. Burucúa esperará su turno en una esas sillas, la única con almohadón. La mesa es de caña gastada, adornada por un bizarro tiesto de flores falsas, con tela y pelusa. La mirada perdida en un frasco de caramelos que estaba sobre la mesa lo retrocedió en el tiempo unos minutos. El barrio de Soldatti resultaba la ciudad de su pasado aunque en esa sala escapaba de todo tiempo y lugar. Alicia atendía rápido para despachar a todos y hacer pasar al “Viejo” –así le decían desde que cumplió los cuarenta bastante tiempo atrás- a quien ya había visto por la rendija de la puerta. El viejo Burucúa, en realidad no pasaba de los sesenta años traía su aspecto de una era donde los colores no eran tenidos en cuenta. En la sala, cuadraba a la perfección.

Podría haber sido el consultorio de un falso dentista o el mismísimo purgatorio. Alicia Inés Cuenca, curandera o vidente según la visita, el dinero o la necesidad. Astróloga y quiromántica. Era raro que Burucúa pidiese saber su futuro; Alicia sospechaba de una incredulidad tapada por algún deseo lúdico, pero asumió la ficción. Se trataba de trabajo. Ese día las cartas anunciarían buenas nuevas.

Burucúa iba puntualmente hacia Villa Soldatti los días cinco, a cobrar la renta; la casa era de su propiedad. Esta era una excepción; además de cobrar se enfrentaría a Moira.

Tiempo atrás Alicia había predicho riquezas, posiblemente en tierras. Eso leyó en las huellas de café en el colador de tela que Burucúa tuvo que llevar en un frasco. Otro invento en el que Burucúa prefirió creer. Se supone que había heredado un campo, pero el pobre nunca se enteró. El abogado que llevaba la sucesión buscaba a un tal Vurucúa –con v cortapalabra que solo aparecía una sola vez en toda la Internet. Lo supo años después sin margen al reclamo. Ese era su destino, no otro. Siempre sospechó que su inquilina le espiaba la correspondencia. Pese a todo, el juego de saber para adelante lo tentaba como un postre.

Durante esos días algo indómito lo llevaba a confiar. Kenig, su amigo más cercano, se indignaba ante eso como el filósofo ante la especulación. Quizás intuyendo que jugaba el interés, que como el momento de la muerte, es revisionista. La oportunidad del halcón. Ocurre cuando la fortuna acomete a las personas comunes. Mejor no saber, decía Kenig.

Alicia predijo nuevamente una gran entrada de dinero, que venía con presagios de misterios. Le plantaba simultáneamente expectativa y preocupación. "...Un trabajo previo debía ser tratado con premura y pericia..." fueron las palabras que quedaron repicando en su interior "...porque el ángel te está buscando."

## Palabras

Ariadna pidió una cerveza en un bar de Lavalle. Las veredas atestadas de abogados y escribanas. Cadetes sin rumbo. Mozas y mozos callejeros parecían átomos inquietos. Entrada la media tarde, el sol estremecía las ventanas. En la espera, Ariadna miraba fijamente el edificio que tenía enfrente, donde un pintor coloreaba una pared tras un gran ventanal cristalino. Una persona mayor, delgada y ágil subía y bajaba de una escalera, con celeridad. Notó que el hombre, de a ratos se detenía a mirar a la distancia. Muralista de un solo color, pensó. Poeta de una sola palabra, se dijo. De a ratos el hombre se asomaba al balcón ondeando su cabeza frente al centenar de escenas encubiertas en los edificios de la cuadra. Ariadna lo imaginó pensando en alguien. Tal vez un amor perdido, su madre lejana o la espera de una esposa. Lo vio escribir algo que Ariadna leyó en su imaginación. Podrían ser palabras sobre alguien del pasado, o quimeras; podrían ser canciones, noticias o garabatos. Una lista de compras o el nombre de un color. Ariadna tomó su cuaderno y armó un boceto en pocos minutos. Ariadna era pintora de pinceles finos y fotógrafa.

¿A quién escribir? ¿Para qué pintar? Ariadna sabía que una imagen podía inspirar palabras bellas, y también al revés. Solo para esa tarde confirmó

una presunción. Dicta más una ausencia que una epifanía, un anhelo sobre una sensación. Normalmente no funciona así, se dijo en su diálogo de silencios. Irreversiblemente, un resto de tristeza carga las palabras de los escribas. Inexorablemente, tristeza sigue a narración, y viceversa. Tal vez por eso Ariadna nunca escribió; nunca. Sus voces eran la danza y las imágenes.

Al día siguiente Ariadna evitó el bar porque había concertado el encuentro con su amigo. La casa donde trabajaba el pintor tenía cartel de venta. Lo imaginó en otro trabajo, quizás sin balcón donde soñar durante sus pausas. Miguel Ángel de un solo color, muralista de rodillo y lija.

Buscó su teléfono sin pensar y pidió a Burucúa que la espere en la estación. Escapó de aquella multitud, para ser presa de otra multitud, en el enorme hall central. Postergó la calma para cuando llegara a casa. En una de las mesas en el codo del salón, Kiril leía un diario que escondía su rostro. Al ver que Ariadna no entró como todas las tardes, el ruso apuró el pago y saltó hacia la vereda. Ya la había perdido. Ariadna vivía en Caballito; amaba tomar el tren que va al Oeste. Así, cualquier regreso del centro de la ciudad tenía como paso la estación Once. Siempre era así. Kiril, que ya lo sabía, se le adelantó en un taxi.

Burucúa baja el volumen de la radio. Harto de oír palabras huecas; se pregunta por Ariadna, su joven amiga a quien todavía trataba de usted solo para bromear. Ahora que la comunicación pasaba por dejar mensajes en la radio, él prefería estar solo. Burucúa no sabía de redes.

Necesitaba contar a Ariadna sus novedades. En su intuición, se preparó café esperando el llamado; volvió a encender la radio pero esta vez buscó algo de música. El llamado llegó luego de unos minutos; debía encontrarla en la estación, hacia donde partió tras corto rato, sin prisa ni ansiedad. Burucúa acechó a Ariadna en el enorme salón, parado en su centro exacto, de pura casualidad. Y se encontraron. Por sorpresa, Ariadna lo interpeló con afecto y lo tomó del brazo direccionando los pasos a la pizzería de la



estación. Tomaron té y comieron medialunas. La cara de Ariadna delataba el bienestar de quien acaba de olvidar que el mundo es una lotería infinita de problemas. Pidieron más facturas y hablaron una hora y media, sin parar.

Al final de la charla Burucúa que había buscado chimentos amorosos y consejos para comprar un lote de libros contó a Ariadna que estaba por recibir un número inesperado de billetes. "No preguntes más y andá preparando una valija con ropa de verano", le dijo en broma. Ariadna estaba anclada a Buenos Aires y no estaba en sus planes ningún tipo de viaje; ni ahora ni nunca. Jamás explicó ese sentir. En la charla, ella contó el prelude de un amor que la estaba entusiasmando, siguió con las bromas y pidió casa, auto y perro por si el amor se plasmaba en hechos. En esos tiempos hablar de futuros no encajaba en las agendas; futuro y mística parecían sinónimos.

En el arrabal del bar cerca del baño un hombre de trabajo se hipnotiza con un televisor mudo que cuelga de una pared. Sus ojos se entrecierran. Es evidente que le duele el cuerpo. La puerta del baño delata un tráfico de cuerpos que harían desconfiar al muchacho desalineado que entró a buscar un pago al mostrador. Es un agente de la seccional del barrio. Vino a otra cosa y se irá desinteresado de toda complicación. Es un burdo personaje encubierto que suele tomar mate en la seccional y oficia de cadete. Estaba cuando Burucúa hizo el cambio de domicilio y también se entreveró con los vecinos que cortaron la calle la noche que se cortó la luz. Es el espía más famoso del barrio. Un oxímoron sin uniforme. Burucúa y Ariadna se mofaron de los institutos de investigaciones policiales. El corredor al baño mantuvo su tráfico. La televisión estaba en los anuncios cuando Ariadna suspiró y habló algo más.

Como al pasar, Ariadna confesó que por momentos se siente perseguida; vagamente describió las señas particulares que creyó entrever. Relató distintas ocasiones donde el desconocido seguía sus pasos. Burucúa no dio gravedad al comentario; se impuso la sombra de la casualidad. Ariadna

asintió. Boris, sin ser visto, anotó todo cuanto pudo de los gestos de Burucúa, sin atender a Ariadna y abandonó el lugar con mucho sigilo.

Luego hablaron de cuestiones cotidianas. Antes de despedirse, Burucúa interrogó una vez más a Ariadna sobre esa relación que comenzaba. Creyó haber oído que el muchacho participaba en política. Es libertario, respondió exaltada; sueña con la anarquía. Para ese entonces, como parte del futuro, pocos comunismos estaban en las agendas.

La política no era ajena a su vida, y con este joven enamorado se recomendaban lecturas para despabilar ensueños. Ariadna descreía del cambio sin caer en el limbo de la reacción. Su pesimismo se fundaba en una profunda formación, que engendró en su espíritu un centrado realismo. Wilhem, tal era el nombre, era un utopista.

Burucúa se sonrió con ganas; de a ratos él era nihilista. En otra vida, debió haber sido un ruso en París. Quiso saber de aquel muchacho pero el andén se colmaba y Ariadna eligió marchar. Al saludar, Burucúa adelantó una preocupación que ponía en contradicción su incredulidad ante el todo. “Dijo Alicia que me han hecho un trabajo”, sentenció con seriedad y voz muy baja. Tras un beso, él buscó la avenida que lo llevaría hasta su casa en Monserrat. Ahora era Ariadna quien sonrió con ganas.

## Enroque

“Parece que me hicieron un trabajo, sentenció con seriedad y voz muy baja”. Del otro lado del teléfono, Kenig soltó una carcajada, sin poder creer que Burucúa hablara en serio. “La noticia buena será que vendrá plata, me lo dijo Alicia”. Quedaron en verse en una hora.

Kenig levantó la mesa –las cosas de la mesa- luego de vaciar una copa de vino en su callada garganta. Desordenadamente trasladó hacia la mesada los vestigios del almuerzo. El mármol era un amontonamiento de objetos en uso. Sacacorchos, llaves sin puerta, llaves con puerta, pilas y baterías,

cacharros para calentar el agua, frases en servilletas y paquetes de yerba sin terminar. Un simple enroque. De allí trajo los adornos y el florero, el cenicero y un libro; con todo eso ocupó la mesa sin mantel. Su casa era un correr objetos de un lugar a otro. Como cuando pasaba el plumero cambiando el polvo de lugar. Su casa era como su vida.

Ni postre ni fruta demoraron su fuga a las veredas de la ciudad. Dejó entrar algunas líneas de luz en las habitaciones y corrió a aprovechar el tibio sol otoñal. La calle inspira. La soledad inspira. La tristeza y la angustia inspiran. La rabia inspira. Mas, Kenig sabía muy bien que iba a violar esas leyes. Así, se propuso abandonar la oficina y dedicarse al negocio de la compraventa de libros con Burucúa, que ya andaba en algo así; de ser posible, escribir también una novela de misterios relatada en primera persona. Un deseo más. Su renuncia iba acompañada de un fraude, mejor dicho, tenía pensado un robo como antesala de su independencia. De todas maneras, él no iba a llamarlo así. En su caso, el nombre definía el acto.

Se había obsesionado con la idea cuando Burucúa, compañero de escritorio, cometió tres o cuatro errores en los asientos contables y nadie lo notó. Se le abría un interrogante, ¿cómo planteárselo a su amigo? ¿Hacia dónde escapar luego de consumar el hecho? Un robo es un enroque, un traslado, una aventura singular en la que todos han soñado alguna vez. Burucúa lo asociaba al incesto. Otras personas ostentan autos o relojes caros, o se envilecen en barcos de categoría, se prostituyen, laceran su espíritu. Kenig y Burucúa hacían de la modestia una estrategia, y de la humildad la táctica. Jamás fueron ambiciosos. ¿Por qué robar entonces? No era poesía, era agitación.

Su relación pasaba por jugar en el trabajo para acortar el tiempo o verse para cenar y oír música. Burucúa retenía nombres de cracks o colores camisetas. Kenig le tomaba examen. Jamás había hecho un gol. No era ladrón ni podría serlo. Era un hombre de angustias e impotencias desvenecijadas. Como todas las personas, esperaba una revancha de un partido que nunca jugó. El ruso que había conocido el mes anterior había sembra-

do en él la semilla de la transgresión. Durante esos treinta días dudó si no sería una trampa, si el destino lo probaba para alguna misión, o si había enloquecido. En la mañana siguiente tomó la decisión. Era su kairós, hubiese dicho el griego de la pescadería que decía saber filosofía. La torre salta una casilla y se acomoda al costadito del rey, el rey hace lo suyo. Ya nada sería igual.

Había pensado llamar y proponerle el plan. Pero Burucúa se adelantó en el llamado. ¿De qué trabajo hablaba, justo él, tan incrédulo y desconfiado de todo lo que fuese destino? El alfil recorre una larga diagonal; solo dudaba en cómo proponerlo.

### La misión

El salón del bar, digno de un domingo de verano. La tarde oreaba los leves residuos de calor. Se habían arreglado como para una primera cita. Ella mostraba un collar con cuentas de hilo y eslabones de un metal inventado, un vestido fresco como su perfume. Portaba una sonrisa que solo abandonó ante una broma ambigua e ineficaz. Boris era entretenido, pero un mal cómico. Fueron décimas de tiempo. Él estaba de negro. No hay otro color, hubiese dicho encogiéndose de hombros. El motivo era estar enfrente, hablarse; oírse y entenderse. Leyeron el menú sin comprender que elegir. No estaban para eso. Podría haber sido agua o licor; pidieron dos gaseosas para desentenderse del trámite.

El tiempo sucumbió. La poca gente que alcanzó a pasar se hizo invisible. Una televisión de imágenes banales hizo silencio para ambos. Hablaron. Hablaron. Se besaron levemente y volvieron a hablar. Olvidaron cada palabra una vez atravesado el umbral. Ni saben si pagaron la cuenta.

En las calles, de regreso, alcanzaron a rozar sus manos. Sus brazos entretejieron instantes de caricias y se despidieron en una esquina. Se miraron sin decirse. Grabaron sus retinas. Ella lo besó muy dulcemente; luego se miraron una vez más y se alejaron. Alejaron es un eufemismo de una palabra

que no encaja. Caminaron escapando del anochecer. Estás hermosa, había dicho él como al pasar. Realmente hermosa, se repetía al regresar por donde vino. Ella era unos años mayor que Kiril; sus ojos verdes permanecieron en su memoria tanto como las indicaciones y los consejos para moverse en el país. Llevaba solo dos meses en el sur, ella los suficientes para ser parte de la ciudad y conocer las calles. No te enamores; le dijo preventinamente antes de despedirse. Boris, quiso ser impávido y desentendido. Había una misión, debían cumplirla. Deber no es la palabra exacta para lo que estaban preparando.

### **La mujer danza iluminada por sus telas**

Desentendida, Ariadna escapa de la lluvia. Moderna, etérea, sonora. Entre los autos que extreman los chillidos de sus ruedas al rodar en el asfalto mojado, un grito ameno y atrevido se destaca en soledad. Son niños que discuten en la vereda; juegan con palabras. Irrumpen desafiando al agua.

Ensimismada, en música y palabras, la mujer corre. Sin prisa de asedio, trota; flotando sobre abigarradas baldosas, corre. Trechos cortos, saltos menguados en el suelo desaparejo; fluye.

Busca un agitado resguardo de los cielos, que descienden en la forma de agua helada. Esa mujer hermosa, corre sin medida. Su paraguas se desarma. El cabello oscila, y en el agitar, salpica. Acomoda su ropa y presurosa entra a la confitería. Al rato, ya sentada, mira en su recuerdo los pasos recientes y pide una porción de torta. Estación sin tiempo hasta que la lluvia deje de caer. Y así ocurrió, para hacer real el regreso a casa bajo nubes plateadas que derivan sin sol.

Abrir la puerta y correr las cortinas fueron un mismo acto. Ambigüedad en los colores celestes; claroscuros, porque no es la noche, claroscuros que no son del día. Fuego y mar en los techos de la ciudad. Es el limbo del ocaso cuando la lluvia y el sol ceden de agonía. Enciende la radio y una melodía rapeada en clave hereje impregna una sonrisa. Las huellas olvida-

das en suelos anteriores no son más que arqueología. Sola en casa, descalza se deshizo de sus prendas húmedas; sola en casa, mutó su piel hacia ropas secas y livianas.

Hace café y desempaña los vidrios; gracias a un trueno lejano redescubre la tormenta al otro lado del vidrio. Descree de las gotas repartidas en el aire, atiende solo los reflejos de la lluvia que se adhieren al vidrio, a cada vidrio. Son nobles derrames que entorpecen la mirada; gotas verticales peregrinando en la ventana. Pequeñas lupas de un mundo exterior que la declaman. Protege sus macetas, araña la tierra; acerca la mirada a esa urbe diminuta y distingue, al menos en aquel instante, cinco clases diferentes de verdes atonales.

Una hora más tarde, una cucharada de yerba maquilla el mate. Se intuye libre de todo albedrío. Acurrucada en almohadones de espuma y heno imaginario, aplaza hasta más tarde toda comunicación. Revisa el fuego de la estufa y se hipnotiza como el griego que habló de dioses en la hoguera cotidiana. Toma su oportunidad y cierra los ojos para crear otro sueño. En ese momento, entiende que descansa.

Pasa un rato, uno solo. Es un largo instante de tomar la decisión. Una puerta que es abierta y la escena muta sin perder la calma. Una habitación repleta de colores saturados en telas y sogas infinitas la recibe como espacio que espera su ángel. Se descalza nuevamente y toma una de las telas; será como ascender en el mástil de un barco sin timón ni timonel, y deslizarse entre sus velas en aguas de estanque. Los segundos avanzan. Ese ángel que supo respirar pende como un pétalo aferrado. La lluvia ha quedado lejos, externa y dislocada. Serán tres o cuatro movimientos repetidos, será una danza de planeta sin órbita. Ella y su tela azul del tiempo. Por fin, juega a desvanecerse de toda gravedad cayendo hasta que su cabello señale un falso suelo de espuma. Serán varios segundos columpiando anhelos; sueños alcanzados en suspiros de aire fresco.

**Serenidad.**

La escena es la misma, solo han corrido unos minutos. El mismo silencio, la misma mujer ahora renaciendo en su columpio; en el propio descanso. Los pómulos enrojecieron de estar; el cabello ya no señaló el centro de la tierra. Muy pausadamente, Ariadna se alzó ensimismada de paz. Un gato pequeño merodea con ansias de jugar. Se deja distraer por la sombra mecida en el blando suelo, pero una tierna vagancia lo invita a estirar el cuerpecito sobre el hilo de sol que entra desde la ventana. Un lazo verde se pierde en su cuello frondoso. En ningún momento los ojos del felino se alejan del cuerpo de aquel ángel hasta que por fin la espera se termina; ella descende y ejercita sus piernas en cálido entrevero con el cuerpo tibio del gatito, que a la vez la esquivo una y otra vez. Un manotazo de garras escondidas araña el pelo suave que blande el aire. Juega. Ella lo acaricia y sigue en su ejercicio. Su espalda se tensa y se acorrala, sus piernas dibujan estelas, todo demasiado suave, como si estuviesen en un valle y ese fuera el último día del verano.

Un rato después nuestra mujer sale descalza de un baño tibio y se viste sin prisa. Piensa qué leer mientras prepara el mate. La casa está tranquila y ha sido un lindo día, un largo día. En la ventana no hay mucho que mirar; luego, desparrama en la mesa lo que guarda una bolsa de gamuza verde, tan verde como el collar perdido en el pelaje del gatito que merodeaba sus pies. Ella detiene toda acción y busca su teléfono. Escribe un corto mensaje, "...no te dejes dominar..." es su sentencia. Respira profundo como quien sabe que recibirá una caricia. En la mesa siguen las piedras pequeñas que había volcado un rato antes, desde su bolsita de gamuza verde esmeralda. Toma una gema azul celeste y la frota con un paño suave. Suave como el gato que la ronda. Guarda el resto con mucho cuidado. El mate va y viene de sus labios a la mesa, de la mesa a su boca. Acaricia esos labios con su propio sumo y contempla la piedra que parece contestarle. El azul simboliza su paz interior, aquella que dejó ver en el salón de sus telas y esa misma paz que le regaló a quien hoy le escribe. Serenidad, había

escrito el filósofo. Sofrosine, decían los griegos de la medida y la templanza.

Pensó en dormir, guardó su mate y dejó la mesa libre para encontrar una mañana despejada de objetos. Acarició una vez más su piedra azul y fue hasta la puerta de su casa, como quien despide el día. La esperaba un sobre con un texto en su interior, como únicas palabras; era un regalo esperado y sorpresivo a la vez. Lo llevó a su pecho para aprisionarlo sin ajarlo, y miró el título. Solo el título. Serenidad, leyó en letras manuscritas.

### **Lluvia fuerte en la ciudad amurallada**

Wilhem habló de almas indómitas; Ariadna apuntó hacia el pasto cercano. Dos gatos diminutos jugaban a ser uno entre un ovillo de hilo abandonado. Una estela roja vivoreaba en la gramilla. Amantes indómitos, corrigió, mientras aquella sutil mano que había señalado a los pequeños felinos atenazaba suavemente su rodilla. La plaza atiborrada de feriantes parecía un bazar persa en medio del desierto. Casi un mercado del medioevo bajo la seguridad de los muros. Ninguna metáfora alcanzaba a describirla. La muchedumbre se agolpaba ante cada puesto; un arco iris serpenteante de alfombras, tejidos, frutas en racimos chirriantes, adornos del vestir y humeantes esencias. El mercado aglutinaba a todo el mundo antes de la lluvia. La lluvia señalaba un hito, no era la simple tormenta del verano tórrido. Solamente aquellos dos amantes libertarios escapaban a la hipnosis del comercio y la disputa. El horizonte ennegrecía peldaño a peldaño, cada celda del cielo en dirección al pueblo perdía su luz. Quienes habían colmado sus alacenas se dedicaban a tabicar puertas y ventanas. Familias enteras apuraban su comercio, mercando monedas y billetes por inservibles bultos de Pandora.

Ariadna se cuidó mucho de besar en la boca a Wilhem. Wilhem se privó de besar en la boca a Ariadna. Ella tomó las llaves del auto y anunció que el momento había llegado. Alguien vino raudamente por el camino de



ladrillos pulverizados. A pocos metros del banco donde minutos antes disimularon una tierna caricia en sus cinturas, prepararon la separación. Una pequeña cartera caía del hombro de Ariadna en forma diagonal; de allí sacó un sobre hinchado de importancia. La forma del traspaso sugirió enorme trascendencia al acto por venir. Aquella persona, ya muy cerca hizo una pequeña reverencia a Ariadna, que se incorporó devolviendo el saludo. Era un guardia, pero se alejó lentamente hacia la muchedumbre. Los ojos de Wilhem cayeron un instante bajo los párpados. Instante que se extinguió con el perfume amenazante de la tormenta. La escena se precipitó. Ya sin la cercanía del guardia, Ariadna se volvió hacia Wilhem. Se miraron sin decirse. Se miraron fijamente fundiendo los pensamientos. Ella se cuidó de tocarlo. Parecía un último saludo; último saludo que dejaba inconcluso el final reprimiendo el abrazo, negando el beso.

Ariadna volvió a las llaves del auto, las besó como si fuesen un talismán. Sin disimular acarició el hombro de Wilhem, quien llevó su mano a la cintura de esa mujer que lo angustiaba. Sin aprisionarla, dijo crudamente que había llegado el momento. Ariadna y Wilhem caminaron con sus manos vacías hasta el auto. La gente del lugar iba y venía cargada de mamotretos inservibles o de dinero, según la dirección. Llegaron al auto. Ariadna insinuó despedirse pero desistió, ya no le importaba nada, menos la ciudad, menos su gente. Wilhem miraba las manos donde las llaves tintineaban como grilletos de un cadalso. Algo de melancolía reflotaba desde su profundo interior pero fue fuerte y lo hundió en el olvido distra- yendo su atención en las piernas de Ariadna, que llevaba el vestido que él amaba.

La tensión siguió en las manos de Ariadna y sus llaves. Hasta que la vio decidir. El, vaciado de palabras, respiró profundo. Ella abrió la puerta derecha de un auto robusto y antiguo, con aspecto de coraza guerrera. En el asiento, una pequeña gatita que dormía en una caja con mullidos almohadones perfumados. Ella la apretó contra su pecho y pasó las llaves a Wilhem. Manejá vos, vámonos rápido. Quiero salir de la ciudad y besarte

fuerte, fuerte. No podemos separarnos, no debemos hacerlo. La frontera estaba por cerrar.

Wilhem se despertó sin saber con certeza si había soñado. Miró a su alrededor y la única frontera lindaba al pasillo interno de su pequeña casa. Miró la hora mientras ganaba tiempo y deducía el día de la semana en el que despertaba. Jueves, y no más de las diez. Se levantó sin ganas y desayunó mientras conocía las noticias en una pantalla sin brillo.

### **Anunciación de San José.**

En la estación San José de la línea de trenes subterráneos hay un mural. Parece representar una biblioteca, o un archivo de oficinas. Anclado entre azulejos antiguos y un piso desparejo de mosaicos oscuros, el dibujo remite a una historia. Otro cuadro cercano pintado en el mismo estilo continúa los fragmentos del comic; su diálogo es casi ilegible. Una mañana lejana, Burucúa descifró con certeza el motivo del mural. Nada secreto. Era el homenaje a una película de culto que no logró recordar. Apenas unos trazos que confundían un misterio nunca propuesto. Para estos días, el mural le era indiferente. No así la humedad.

Esa noche había llegado por las calles oscuras del barrio, que conocía bastante bien. Un saco de cuello abrigado lo cubría del aire frío. Bajó a la estación por la gastada escalera; en el hall se sintió en un nuevo arriba, ya que había más por descender. Como si no hubiese un límite. La luz amarillenta prefiguraba la escalera hacia las vías. Resguardaban el silencio un guardia semidormido y un empleado en la cabina de los pasajes. Esos hombres repetían su inmóvil ritual indefinidamente, Burucúa se conmisero con una sonrisa. Las escaleras eran una caverna hacia un falso averno. Llegó al andén en profundo silencio, impregnado del espíritu de los empleados del hall. Miró a ambos lados y eligió el asiento central. La atmósfera ámbar del piso anterior cambió por los grandes muros rosados, que daban al lugar un aspecto colonial. La falta de un andén contrario corona-

ba el desamparo, porque las vías de regreso estaban tras una pared sin paso. Si se trataba de citar a un fantasma ese era el lugar. Aquella bóveda no parecía el espacio para un imprevisto, nada podría suceder en ese abismo urbano.

Pero lo inesperado sucedió. Burucúa llegó a la estación San José citado por tres o cuatro mensajes bizarramente secretos, recibidos la semana anterior. Pocas instrucciones banales y el mandato de esperar en soledad hasta que lo contactaran lo armaron de paciencia, que no era su fuerte; hizo todo entre sorprendido y curioso. Pudo cumplir los pasos encomendados aunque la soledad no dependía de él, y en ese andén mugriento y lúgubre apareció una mujer; una hermosa joven. Primero escuchó pasos en la escalera. Se incomodó. La vio caminar en el silencio y se alteró disimuladamente. Miró hacia los costados y se dijo a sí mismo que debía dejar pasar el tren sin llamar la atención. En la espera ensayó mentalmente la farsa por venir. Se iba a parar; ni bien la joven subiese al vagón dejaría caer algo al piso para volver a quedar solo hasta que sucediese lo que debía suceder. Raro encuentro el que le habían agendado.

La joven caminó husmeando los mosaicos y lo ignoró absolutamente. Minutos después el tren llegó, pero lo imposible ocurrió en su propio hocio. Esa mujer hermosa y llamativa, ya sentada a diez metros de su asiento dejó pasar el tren. ¿Cómo? Se preguntó mirando el reloj y la lista de servicios que traía en el bolsillo con las horas y minutos de los trenes. Comprobó la hora. Seis minutos exactos, eternos; sólo seis y el próximo servicio se llevaría a la jovencita y volvería a la soledad de aquella gruta urbana. Bramaba de ansiedad y desconcierto.

Ese tiempo pasó y vibró el suelo nuevamente. Un viento fresco volvió a agitar la estación. Burucúa se paró con parsimonia mientras ella permanecía inmutable. Parecía leer algo, impávida, serena. El tren fue como un cometa de malos presagios en pleno medioevo. Una tosca luz en la rosada penumbra. Los biblioratos de la historieta saltaron en sus estantes cuando un ruido atronador envolvió el lugar. Caminó paralelo al rápido frenar de la mole en dirección Este, hacia donde estaba la joven. La miró con el

rabillo del ojo para asegurarse de sus movimientos; ella seguía inmóvil. Fragmentos de segundos que corrían. Las puertas se abrieron. El tren casi vacío detuvo el tiempo; se hizo silencio. Ella se paró sin avanzar un solo centímetro. Nuestro hombre quedó otra vez desconcertado mientras un frío sideral invadía su cabeza. Como si una exclusiva en sus rodillas se abriera para vaciar su sangre. El tren partió sin ella.

La muchacha hermosa lo interpeló sonriente: “Parece que ha visto un fantasma”. Él, que realmente tenía cita con un fantasma tomó esas palabras como una horrible casualidad. Se sentó en el asiento frío y ella a su lado. La estación se hizo inmensa. El banco en el que estaban, se volvió diminuto. Era evidente que ella esperaba una señal de alguien para encontrarse en el tren. ¿Qué otra cosa hubiera impedido su ascenso? Seguramente en seis minutos estaría sólo de nuevo y podría concertar su cita.

Burucúa dudó. ¿Y si ella no subiese? Nuevamente contar hasta seis, trescientos sesenta segundos de rezos para que no viniese nadie después del próximo tren. Probabilidades que se acotan, suertes que se truncan, citas que se malogran. Promediaba la espera cuando ella habló de nuevo: - Hay alguien en el túnel- dijo señalando a un hombre sin muestras de desconcierto.

Burucúa se exaltó. ¿Lo habrían venido a buscar? ¿Se anunciarían ante él con una improvisada testigo en su mismo asiento? En ese momento pararse y caminar levantaría sospechas. Un hombre pequeño venía por las vías; de un salto ágil y destartalado subió al andén, tenía un maletín de cuero con hebillas y bolsillos. En la cabeza llevaba un gorro ridículo de los magos de los cuentos. Su cabello desprolijo y largo le daba un aire fantástico; o se trataba de un ciruja que habitaba en el lugar, o era su contacto. Dos alternativas, no más. El creyó sentir que la muchacha apretaba su brazo pero no quitó la vista al viejo que se acercaba. En realidad ella seguía leyendo cuando dijo algo que Burucúa no entendió. Este la buscó con la mirada. De pronto notó que los pasos que retumbaban en el túnel dejaron de escucharse; giró la cabeza y el viejo había desaparecido.

¿Otro fantasma? Preguntó la chica que a esa altura se paró como si el tren viniese. Caminó en la dirección en la que vino el hombre y señaló un maletín que estaba apoyado en un cartel señalador. Es para mí, se dijo Burucúa para su interior. ¿Cómo tomarlo con la muchacha merodeando? Y la miró para ver si no escuchaba su pensamiento, tal era la confusión. Burucúa improvisó:

- No lo toque, puede no estar limpio, puede ser peligroso, puede...

Ella también improvisó motivos, que resultaron más fuertes:

- Lo dejó para nosotros, está clarísimo.

La joven habló con rara confianza, con tiempo; como si esa fracción de los seis minutos entre tren y tren hubiese generado familiaridad. Burucúa tenía la curiosidad de una mosca pero trataba de aparentar desinterés; ella parecía lo contrario a ambas cosas. Burucúa respondió sin pensar las consecuencias.

- Es para mí.

En los hechos estaban por robar ese maletín desecho y desflechado sin saber ni del dueño y ni de su uso. La joven muchacha sugería actuar, Burucúa vacilaba.

- Tómelo y váyase, puede tener algo valioso. Acá no hay cámaras.

- No puedo, es del señor bajito que quién sabe dónde está ahora. Debe ser lo único que tiene. Ya viene el tren.

Eso dijo en voz alta mandando a la chica a subir y así quedarse solo en la estación, que era lo que más deseaba. Se le estaba haciendo larga la aventura, de la que aún no cumplía quince minutos. Fue en vano. El tren vino y se fue sin que nadie bajara o subiera. Burucúa y la joven quedaron otra vez en soledad.

- Yo soy a quien usted espera, pero si es incapaz de quitarle un maletín a un viejo, dudo que sea alguien adecuado. Lleve este libro, allí escribimos algunos datos que le ayudarán a reencontrarnos.

Dijo todo eso de un tirón; Burucúa sintió un mareo inoportuno. Era demasiado para un librero cansado y rutinario como era él. La firmeza de la joven lo intimidó. Antes de irse hubo un último pedido.

- Vaya, lea y espere. Trate de entusiasmarse, le vamos a ayudar a olvidar esa maldita oficina y podrá dedicarse a usted. Salir del limbo lo pondrá en un mundo habitable. No olvide este nombre, tampoco lo escriba: Boris Kiril.

Fueron demasiadas palabras de golpe. La joven agarró fuerte la mano de Burucúa y le dejó un libro de James Ballard con los márgenes escritos en lápiz. Una distopía para su vida que auguraba la alteración que nunca quiso. Esperó el próximo tren y se subió sin pensar dónde bajar, la pausa le obligó a recordar la profecía de Alicia, su inquilina pitonisa.

### **Cinema.**

Burucúa salía de la oficina exactamente a las seis y tres minutos. Ese pico de tiempo era el que gastaba en atravesar la puerta y elegir la escalera para evitar conversaciones inútiles en el pasillo. Kenig tenía tiempo, pues trabajaba solo hasta el mediodía. Aún no había pensado la manera de proponer su plan, pero no era ansioso. Compartían la mañana, mas había dos escollos para que ese mensaje fuera transmitido; claramente el lugar y no tan claramente el tiempo. Las mañanas no son espacio para tramar aventuras, menos aún el propio trabajo.

Ya en la calle, pasado el mediodía, Kenig es un emperador inca que olvidó sus documentos. Señoreaba igual que un dandy desde la ventana de un bar, donde nadie le prestaba importancia. Pasaron largos minutos hasta que trajeran su cappuccino. Una camarera hermosa le miró los ojos para corroborar que quiso azúcar y no polvo para edulcorar. Kenig era un ser normal con aires de ser normal. Estaba cómodo así. Brillaba para él mismo. Por eso, era extremadamente huraño. Economizaba sus palabras; casi sin gestos; la imagen de su rostro ocultaba el propio rostro.

Ese día, Kenig hizo algo novedoso para esa vida de pasos lentos que sumaba en su haber la imperturbabilidad de los filósofos, sin sus ciencias. Los griegos le decían ataraxia. Y ese hombre, aquella tarde fue al cine; Kenig entró al cine, solo. Nunca lo había hecho, tampoco imaginado. Menos aún: lo creía posible.

La soledad no era su problema. Para el sentir común, acercarse a la boletería y pedir nada más que un asiento aparecía como falta. Como ausencia. No eran elucubraciones suyas. Kenig fue a ver una película porque se dejó llamar por uno de los rostros de las fotografías. Cuántas veces pasó por esa misma vereda e ignoró -si la hubo- toda llamada. Pero esa mirada al cielo de una escena indescifrable, en un recorte de treinta por cuarenta asumiendo el movimiento de una alta puerta de vidrio, lo convocó. Miró una a una las fotos. El silencio que manaba del hall, enorme, tapaba los ruidos de la avenida.

Leyó el afiche y buscó su reloj. Leyó la hora como haciendo trampa. Pocas almas y alfombras suaves; ocupó una de las últimas filas. Se dio el gusto de cerrar la vista hasta descifrar el comienzo por el fin de los murmullos y los últimos crujidos de las butacas. Kenig era un ciego alerta, que aprendía a escuchar.

Al abrir los ojos una historia inesperada se desplegó en la pantalla. Kenig estaba en un cine una tarde de jueves. Una tarde más de jueves, nada más que una historia. La película terminaría seis menos cuarto; sobraba el tiempo necesario para encontrar a su amigo en la esquina de la oficina.

## Proyectos

Dos honestos ciudadanos del mundo, sin demasiados sueños ni lujurias, se proponen uno al otro sendas transgresiones. Compañeros de oficina y pasatiempos en la vida, aparecen reviviendo una bizarra escena de película antigua y mala. Kenig no puede creer estar oyendo semejante propuesta; Burucúa acusa a Kenig de irresponsable y se sonroja como un tomate al

entender que acaba de hacer lo mismo. Kenig reflexiona. “Nos hicieron una trampa”, “alguien se debe estar riendo a carcajadas”. “Esto no es normal”. “Qué broma es esta”, murmuraba Burucúa para sí.

Al cuarto lugar común Kenig trata de retroceder sus pasos. Aparece Kiril en su pensar. Se repite, es la clave; lo confirman días después cuando Ariadna les acerca el libro en ruso que encontró en aquel tren del oeste, supuestamente perdido por el desconocido. Un sello de tinta gastada, igual a una yerra en un cuaderno escolar, dejaba ver en caracteres del alfabeto cirílico el nombre de Boris Kiril. Desordenadamente entre las primeras páginas, y al final junto con una leyenda en español. “El túnel de San José”. Kenig largó una carcajada, Burucúa tembló.

He buscado por dos años a Boris Kiril. Di con su casa y con su amante en estas tierras. No hay móvil sin delito, sin embargo sobran los motivos para sospechar. ¿Qué busca un ángel pescador si no son almas? ¿Qué tienen en común los claros espíritus de Ariadna, Kenig y Burucúa?

No hay móvil sin delito, no hay falta si no hay mal, extraña ética de la ausencia. Lo cierto será que la desaparición nunca denunciada de aquellas cuatro personas indomables -porque Wilhem también fue parte- y los confusos episodios de la estación San José están imbricados como el alba y el rocío.

Pude hablar con la muchacha hermosa de Castelar que fuera amante de Kiril, cuando ya era muy tarde para todo. Cómo llegó ella hacia mi será un misterio, como su nombre; nada de ella pude incorporar a la explicación más que una imagen benevolente hacia Boris Kiril.

### **Luces del amanecer**

Entre los griegos la oscuridad era varón, y lo nombraban Erebo, que era padre de los miles de oneiroi, los sueños. Es otra mañana, una más en la cuenta infinita. Ariadna abrió los ojos luego de un largo rato de haber despertado. Supo que la luz del día no era plena. Estaba agitada. Se tapó



con una manta liviana y murmuró algo inentendible. Luego le dijo a Wilhem, con más claridad, que había tenido un lindo sueño.

- Creo que fue recién.

- Buen día, Ariadna. Dormiste cerca de tres horas; es poco.

Wilhem acomodó la manta y se sentó en el borde de la cama; la palma de su mano abarcó su mejilla. Ariadna sugirió el saludo con la mirada. Tierna y somnolienta, tardó en volver a hablar. En un pequeño sillón fondeado entre la ventana y la cama estaba el cuaderno donde Wilhem fijaba los sueños que Ariadna contaba al despertar y apuntaban lo que iban aprendiendo del griego antiguo. Era un juego, no más que eso. Un juego que tomaban en serio. Amarse, escribirse y relatarse los sueños. Conocer bares y descubrir plazas. Señalarse canciones. Se veían poco. Esos someros encuentros pocas veces alcanzaban la mañana. Cuando sucedía, él alcanzaba el desayuno y ella narraba. Siempre era así.

La mañana se había colado en la habitación, atravesando mesuradamente las rendijas de la ventana. Parece una frase robada del estribillo de una canción, pero inexorablemente ocurre así. Las mañanas nacen del alba, fuera de las habitaciones. Asesinan temporalmente la noche, acometen en las casas, asaltan oficinas, despiertan talleres, salpican de luz los cuerpos semidesnudos que habitan bajo las sábanas o acompañan la preparación de la ropa en el vestir.

Luego, mientras Wilhem delineaba puntillosamente el desayuno, un haz de trizas invisibles del hogar lo distrajo. Eran esos trazos rectos de luz solar, poblado en su interior de lluvias diminutas de átomos danzantes. Improvisó una bandeja y corrió a mirar como Ariadna continuaba el despertar sin ningún apuro. Dejó el agua sobre el fuego; un fuego azul, muy tenue. Sin perturbarla, apenas corrió las sábanas del cuerpo. Acomodó el cabello alborotado y acarició dulcemente las piernas desenvueltas. Su mano tibía recorrió el contorno hasta llegar a la cintura. Quedó mirándola un buen rato. Así fue su amanecer.

La dejó descansar unos minutos y volvió sobre el cuaderno que llevó hasta el living, ya soleado por completo de un tibio fulgor. Wilhem se acordó que el agua estaba sobre el fuego. Preparó el café con leche y lo llevó hasta la habitación. Corrió las cortinas para oscurecerla nuevamente, dejando leves hilos de sol, simulando las penumbras en los montes. La abrazó cubriendo su cuerpo con el propio. Los minutos iban a despertarla como se merecía: suavemente, sin prisa, con paz. Labios junto a piel. “¿Es tarde?”, fue lo primero que ella preguntó.

Mientras desayunaban, Ariadna contó su sueño que Wilhem volcó en las últimas páginas del cuaderno recientemente buscado; jugó a desconfiar. “Estás inventando”, dijo simulando incredulidad. Ella sostuvo un abrazo flagrante. Wilhem acarició todo el largo de sus piernas induciéndola a volverse espaldas hacia arriba. No hablaron. El cuello y los hombros de Ariadna cedieron a las yemas de diez dedos delgados y movedizos. De vez en cuando corría el pelo que caía en las mejillas y le daba un beso. Algunos de esos besos llegaron a los labios. Las manos siguieron acariciando la espalda derramada y enrojecida.

Ariadna era tan dulce como la miel que había buscado en la noche, para suavizar su garganta. Wilhem se esforzaba en complacerla. Era un juego de una gran comodidad. Un juego tan profundo que el tiempo se deshizo en su interior. Era literal: las líneas de las sombras que rayaban la habitación dejaron lugar a una tenue penumbra. Nadie imaginaba que el día se iba a nublar. Los dioses habían decretado que nada quitaría a esa pareja de aquellas habitaciones. Era un futuro incierto, tanto como la duración de sus abrazos.

En medio de esa eternidad ella giró buscando los ojos, la mirada de Wilhem. Quedaron de frente. Y el ritual recomenzó sin fin: él acarició sus piernas, preguntó si estaba bien. Ella contestó con su silencio que alcanzó a ser un sí. Se relajaron. Wilhem comenzó a recorrerla con su mirada anticipando una andanada nueva de caricias: los pies, las piernas contorneadas, marcas en la piel aprisionada contra una sábana que parecía hundirse.

Ariadna contó su sueño. Una caravana de muy pocas personas hacía un alto entre cerros y una tupida vegetación; una morera les ofreció algo dulce para el remanso. Un halconcito colorado se acercó lo suficiente para llamar la atención de la conciencia y Ariadna despertó. Mora y halcón, se dijo entre dormida y continuó durmiendo un rato más. En su relato, no pudo asegurar si había soñado también un cometa arremetiendo el horizonte; Wilhem anotó desordenadamente las palabras.

A media mañana salieron a caminar. La distracción los acorraló en un pasaje que daba a la estación de trenes. Ariadna se entretuvo mirando un puesto callejero que prometía la cura contra el frío. Mientras, Wilhem corrió hasta la boletería y pidió dos pasajes hasta la terminal, Tomó las manos de Ariadna y llamó a su vista. Sin decir nada le indicó el tren que venía silencioso como un dinosaurio. Ella se rió, Wilhem no percibió que tenía puestos dos guantes nuevos que la abrigan. Los paseaba sobre la vista inocente del hombre que, aturdido, miraba sin ver.

Dejaron el andén como quien abandona la playa de arena caliente y de dos saltos irrumpieron en un vagón semivacío. En el viaje disputaron la ventanilla.

## Haedo

Kenig solía pasar los domingos escuchando jazz durante la mañana. Llegado el mediodía, elegía pudorosamente un lugar donde pasear. Era la forma de afirmar su voluntaria soledad. Elegir su nuevo trabajo alteraba su cómoda vida. Una angustia de aventura inacabada, había trastocado definitivamente su cómodo y tieso futuro de hombre común.

Ese mediodía prefirió el azar de un viaje en tren. Otoño es la estación para viajar. Ida y vuelta en un férreo gusano, hasta un punto en el oeste y su vuelta antes del anochecer. Eligió Ramos Mejía pero su viaje se extendió hacia Haedo; más ordenado y silencioso. Es el lugar que eligen las amistades para estar en soledad. La estación exacta para la estación elegida. Oto-

ño y Haedo. Hojas secas y aromas de árboles en retirada. Vestigios de una ciudad alternativa.

Llega por fin a un bar. Una pareja gana la ventana, estaban enlazados por sus ojos. Kenig se alejó para no interferir, Kenig odiaba molestar. Más allá, dos ancianos refunfuñan en una cómplice amistad. Miraba en la ventana con el murmullo de la joven pareja a pocos metros de su mesa. Sentía que nunca había bajado del tren. Esa sensación la había tenido antes; sin tiempo; carente de la posibilidad de caminar por el llano que se colaba por la ventanilla.

Se dio permiso para pensar o jugar con la mente, que quedó un buen rato en blanco. Una sinfonía levemente acompañada de risas y susurros trituraba en la puerta, a los desengaños que hacían fila para entrar.

Luego de pagar caminó hasta que apareciera una plaza. Allí, Kenig se sentó en un banco de cemento cerca de la araucaria, el árbol más alto del parque. Como un centinela, miró sin demasiada atención toda la población que bullía a su alrededor. Por pudor salteo una pareja de adolescentes que se besaba a veinte metros. Se detuvo en las dos personas que jugaban a la pelota. Un nene de unos once años atajaba con guantes que parecían nuevos; su pateador lo cuadruplicaba en edad y cansancio. Parecía ser su padre. Se divertían. La fuerza de los niños es inagotable.

Luego los perdió de vista porque lo distrajo una jovencita muy parecida a la de la fonda del fin de semana. Kenig más que distraerse se sustrajo unos segundos. Había un encanto en ella que por momentos emergía en su cotidiano. Volvió la mirada y los players ya no estaban. Se paró solemnemente y comenzó una caminata. Los encontró a media cuadra trotando en un juego secreto. Kenig se dejó llevar hacia la calle Tacuarí. El lugar estaba merodeado por los loros que vivían en una palmera cercana; los pájaros verdes no paraban de chirriar. Una nena tan pequeña como el niño reciente escalaba uno de los árboles. Kenig sintió vértigo y siguió caminando bajo el sol.

## Mediodía

La campana del timbre sorprendió a Kenig. Ya era de noche. Abrió la puerta sin preguntar; Burucúa estaba con Ariadna, a quien Kenig aun no conocía. Sabía que ibas a estar, dijo Burucúa entrando primero relegando la presentación. En pocos minutos estaban en el living explicando la visita; Kenig volcó el agua de la pava en una olla y la puso al fuego, agregó el puchito que quedaba en el termo; echó sal y medio cubito de caldo que perfumó el ambiente solo por un instante. El agua burbujeó al instante y él espolvoreó la polenta mientras revolvía con una cuchara de madera. Estiró su brazo libre hasta la heladera y tomó una taza con leche. Echó un poco sin medida, y revolió otra vez agregando ese polvo naranja amarillento que semejava lava hirviente. Dejó por un momento todo en su lugar y dio una zancada hasta la heladera, para tomar manteca. En pocos segundos la fusión regaló pequeñas explosiones amarillas.

Ariadna no había terminado de contar el motivo de la visita. Fue por pan y preguntó dónde estaban los vasos. Kenig abrió un vino del que tomaron muy poco. Así se conocieron; Kenig trajo una caja de cartón descolorido y desnudó una cámara de fotos con varios lentes envueltos en franelas naranjas. Ariadna tomó cuidadosamente aquel objeto y lo examinó con placer. Kenig agregó a la charla unas fotografías de rostros humanos en blanco y negro. Gente mayor, un longevo padrón de seres vivos. Ariadna lo dejó hablar. Kenig siguió trayendo rostros a la escena. Burucúa que conocía cada historia, asentía.

Rosita Ludwin, tenía ciento siete años, y la lucidez de una mujer madura; no parecía “veinte años menos” como Doña Tita, que contaba ochenta y cuatro más una jovialidad enemiga del tiempo. No creo que vivan, ya. Rosita estaba entre algodones, era de los Ludwin de las calles de Pompeya; Tita también dormía en algodones. Un corazón anónimo y frágil a quien seis años antes de esa foto le habían diagnosticado solamente dos meses más de galope; Tita, testaruda y necesaria, se negó a contarlos y los

sobrepasó por años. Fueron muchos meses más que un par; Tita tejía y daba vida a Don Rober, ángel bonachón de gustos humildes.

Cada una de ellas tenía su foto blanco y negro protegida por vidrio y madera en sendos aparadores. Mapas del alma teñidas en plata; plata que los alquimistas y la humedad vuelven cobriza o sepia. Dora tenía su rostro en la pantalla de la computadora. Sus pasos cansinos la demoraban al pasar frente al aparato, y sonreía. Aquel lunar y los mil pliegues del rostro se multiplicaban al hablar ya que Dora era ampulosa y vivaz.

Ariadna pareció revisitar en ese acto, todos y cada una de las caras avejentadas que cruzó en su vida. Entrada la noche silenciosa Burucúa acompañó a Ariadna hasta su casa y marchó habiendo cumplido una tarea. Ella sumó una herramienta a su arsenal, sumó un amigo y el deseo de pintar aquellos rostros.

### **Komorebi**

Ariadna volvía en tren de una sesión de fotos; había subido en la estación de Merlo a un tren helado y mudo. Su mirada era sujeta por las luces interiores de los edificios lejanos. Detrás, pequeñas estrellas traían sus destellos del pasado cósmico. Fijas en el cielo, o ancladas a la ciudad, aquellas chispas permanentes volvían invisibles los centelleos cercanos en el vidrio empañado de la ventanilla; aparecían y desaparecían bruscamente.

Pensó palabras para ese ánimo. Tuvo que ir hasta otro idioma. Se preguntó si había un sentido para lo pasajero, trató de filosofar. Un hombre de edad indefinida la miró como para pedirle algo, pero no lo hizo. O no se atrevió. En ese momento Ariadna necesitaba las manos de Wilhem, el abrigo de sus brazos y el sostén de su hombro impávido. La mirada del desconocido la volvió a la ciudad. Esa noche iba a ser de soledad. Ariadna era una mujer guerrera con armas de la danza e infantería de imágenes. Pensó en la sesión de fotos de la que volvía y acarició el bolso con su cámara. El sol atravesando las hojas de los árboles, hacían del suelo un leopardo en movimiento. Esa imagen persistía en su retina.

En su regreso, nada de lo que arreciaba en su espíritu aquel anochecer podría ser capturado. Volvió a buscar en otro idioma. Recordó a Wilhem decir que los japoneses tienen una palabra para nombrar la luz del sol que penetra entre las hojas de los árboles. Una sola palabra. Un sólo nombre. Komorebi. En esos días, Wilhem dijo con sus manos y sus labios que no había palabra para nombrar lo que sentía por ella.

Ariadna aun no sabía que ese hombre que la miró en el tren era Boris Kiril volviendo de amar por última vez a la muchacha hermosa de Castelar. Allí, en ese tren, ligeramente. Un encuentro de intuiciones furibundas, mientras las estrellas del horizonte aparecían tras las luces fijas de los edificios lejanos.

La joven de Castelar mantuvo de Boris un ramo de flores. Hanataba. Kiril conservó para sí el desdén del último saludo. El desconocido –para Ariadna- baja una estación antes y pierde un libro que ella recoge inmediatamente. Intenta hacerle señas desde el vidrio pero el hombre desaparece de la escena junto al andén.

Ariadna se preguntó por el frío de los trenes entre estación y estación. Wilhem, solo en su cuarto, escribía en un papel el significado de otra palabra: ihlapi. No habrá foto ni pintura para esa sensación que con un beso supieron romper alguna vez Ariadna y Wilhem.

### **La savia encadenada**

Ariadna lee en sus oídos, un mensaje de voz grabado en el teléfono. Palabras trilladas; sin comienzo ni final. Parecen manuscritos sin historia encontrados junto al mar: “... La luna en el horizonte, vuelve absoluta para vos. Luna plena, luna despejada de toda incertidumbre, piedra circular que nunca cae. Luna que luna, luna que cena, luna que semeja. Satélite abollado de calma y rocío evaporado. Luna que en un rato se cansa y se va...”.

Ariadna va hacia el reloj. Baja el volumen de la música, se asoma a la ventana, que es como un puesto en una almena. En el norte, una mancha blanca que deja deducir su lado oscuro copula con su estrella. Se pregunta por Wilhem; ya debía estar allí. Respira ansiedad, y suena el timbre.

Wilhem tomó una foto que dejó en un sobre de papel, un catálogo de próximos regalos para Ariadna. La imagen de un día soleado, un horizonte demasiado vasto para ser porteño y un aire fresco que se acerca desde Agronomía.

Este último es una plaza en Warnes y Punta Arenas. Se ve desde el colectivo cuarenta y siete. No está demasiado escondida, mas suele estar vacía. No cruza camino de nada ni de nadie, apropiada solo por algunos chicos y la poca gente de trabajo que barre las hojas con escobas gigantes. En un rincón de la plaza hay un árbol; en el árbol un hueco. Limpio y a media altura. Un hueco de ausencia de corteza, alma y savia. Un ombligo gigante que podría ser la puerta a un mundo, pero no parece más que un hueco en la corteza de un árbol que muere lentamente. Wilhem tomó un sobre de papel envuelto en celofán y lo escondió en su interior. El hueco secreto albergó el sobre con hospitalidad, con la complicidad de los árboles que saben de los juegos de los enamorados.

La tarde siguiente, en un paseo de tarde de domingo Wilhem camina con Ariadna y la guía hacia el regalo escondido la noche anterior. Ariadna recoge su regalo y descubre algo extraño. El árbol tiene una cadena en su interior, como si hubiese germinado a la par de su corteza. La cadena se hundía en la tierra invitando a pensar que en su fin estaba el ancla que amarraba la totalidad del parque; Wilhem pensó que de soltarse esa áncora, la ciudad entera volaría sin sentido empujada por el viento del sur. Caminan por el barrio y regresan antes del anochecer a terminar el día en la tibieza de un hogar.

**Final incierto**



En su mundo paralelo, Burucúa pone sobre la mesa el libro que recibió aquella tarde en la estación San José, de manos de la mujer anónima. Acabó su lectura durante la noche, y ya no pudo dormir sin pensar en ese desconocido de nombre ruso. Cuando Kenig iba por la paz, él enarbola la guerra y cuenta el contenido del libro a su gran amigo y camarada. “¿Y si fuese verdad?” pregunta mientras Kenig mira con enojo. Es un romántico de la anécdota y la mitología. “Todo tiempo pasado está latente junto al cajón de los cubiertos, bien a mano”, sentencia. Burucúa devuelve el enojo por la desacralización. Abren otra botella y arman el ajedrez. Kenig sabe que no puede ganar y elige una defensa cerrada.

¿Quién es Kiril, que figura en los marginalia? ¿De qué ciudad sumergida en la hondonada habla la leyenda? Se preguntan una y otra vez mientras mueven blancas y negras sin mucha reflexión. La idea de ser elegidos no encajaba en sus proyectos tan mundanos. Que Ariadna entrara en sus pensamientos era una cuestión de tiempo. Ella había tenido sus dudas cuando al terminar el libro perdido de aquel hombre del tren, las referencias llevaban a Burucúa entrando al túnel de San José, acompañado de una joven. Los márgenes de cada capítulo eran como las apostillas medievales, más ricas que los propios textos comentados. Las menciones a Kiril y las imágenes de un éxodo fortuito sembraban desconciertos, a la vez que deseos. En ambas casas, una sombra de esperanzas batalló de a poco contra toda duda o malestar.

¿Y si el Ángel que predijo Alicia de Soldatti fuese alguna de estas personas que merodearon sus vidas en los últimos meses? ¿Cuándo antes Kenig, intentó un acto prohibido que pusiese en riesgo su consciencia? Nunca. De a poco, la partida se desenvolvía muy cerrada y la conversación era interrumpida por largas pausas. Era imposible saber si el objeto de sus pensamientos era aquel grupo de piezas blancas y negras o el dilema de aceptar un exilio por dos desconocidas almas que irrumpieron sus paces.

Un llamado en el teléfono propone un alto. Kenig hace café mientras Burucúa asiente sin dejar entrever de qué se trata. Al cortar, explica a Kenig que Ariadna y Wilhem pasarán en pocas horas. Al parecer, las noti-

cias hablan de algo imprevisto. Ellos, aún no saben. Esa tarde, no hay radio ni televisión que interrumpa sus silencios.

El resto puedo contarlos de reconstrucciones posteriores, o por meras suposiciones de mi imaginación. Aquella persona que había buscado por largo tiempo, y encontré por fin en Flores, logró emprender el viaje con sus almas elegidas. La noche en la que la partida de ajedrez se detuvo en la jugada catorce antes que moviesen las negras, seis personas descendieron a la estación San José, sin que fuese posible seguir su salida en ninguna de las grabaciones a las que pude acceder.

Ni Boris Kiril, ni su camarada sin nombre, figuraban en algún registro oficial; la misma mujer que tiempo atrás entregó un libro a Burucúa en el andén sur de San José era un misterio más. Tampoco el barrio parecía haber sentido en esos meses su presencia. Wilhem dejó una nota en su cuaderno y Ariadna un dibujo sin terminar en un atril desvencijado; una ciudad luminosa de la que se elevaba una cadena hacia el cielo –cielo figurado en deducción- y la palabra utopía como título de ambos recuerdos. Del cielo, parecían descender raíces de un árbol anciano.

Las notas de Wilhem mencionaban un cielo ámbar en el sur, sin datos claros del lugar; algunos sueños mal contados y la referencia a un libro de cuentos cortos sin final. Pude acceder también a las notas de la partida, que Kenig rigurosamente registraba; inexorablemente, camino a ser tablas.

### III

#### El alba del cometa

Luna planeta sobre el río.  
Luna gigante.  
Luna que se expande.  
luna atrapasueños, cazadora de crédulos,  
luna que me acaba de enredar.  
Es una luna medusa,  
lágrima de nácar en la boca del infierno.

#### Pétalo violeta

Una joven mujer camina por las calles arboladas en un barrio sereno del Oeste. A su espalda, desvaneciéndose, quedó una tórrida avenida. En su andar, un bosque urbano de plátanos y jacarandás suaviza la luz del sol que alcanza las veredas. Las casas bajas descansan en su siesta; los edificios parecen inclinarse. No hay automóviles. Las cuadras que suceden hacen un camino de sinuosos tornasoles; es una marea tintineante de hojas verdes y ramas enlazadas. Los gorriones ya no escapan de la gente. No se oyen voces. Imagina el sonido de un tren cercano al arribar a la estación, lentamente, para no quebrar la calma. Es más que su imaginación; es un recuerdo. En un taller un hombre medita en su rincón solitario.

Lucía llegó despacio, atravesando aquellas pocas cuadras de pasos atenuados. Nítida y airosa. Alcanzó la dirección que llevaba en su memoria y pulsó el timbre que debía tocar. Se anunció sin nombrarse y buscó en su inmediatez algo que hiciera de espejo para verse; un enorme vidrio que era

puerta, devolvió su imagen entera. Así, se acercó lo suficiente para confirmar una tenue sonrisa. Recorrió su remera blanca y separó con las yemas de sus dedos un pétalo violeta arremetido por el viento. Sintió pena de borrar ese detalle casual. Aflojó sus hombros, relajó las manos. Un grueso cuaderno y una pequeña cartera que ella misma había hecho para sí era todo el equipaje que llevaba. Dentro del edificio, un pasillo culminaba en la puerta que ocultaba el ascensor. Un pequeñísimo cartel de números verdes contaba los pisos que el descenso del coche iba descartando. Ella, restaba desde el umbral. Despreocupada y sin tiempo. Sin medir el tiempo. Solo contó números: cuatro, tres, dos...

Se sintió libre, especialmente en esa tarde. Como nunca. Eso pensó distrayéndose por un instante. Al volver a la escena Hernán apareció de golpe tras la imagen del espejo improvisado. Los cuerpos parecieron fundirse en el reflejo. Tal vez un adelanto, representación de un simple y fuerte deseo silenciado. El llevaba ropas claras, como una señal. Se saludaron con un beso y recorrieron la entrada en tres o cuatro pasos con sus ecos, sin hablarse.

En el ascensor sonrieron cómplices por las voces que llegaban de un departamento; eran dos ancianas algo sordas, intentando vanamente entenderse entre sí. Ajenas; sin saber del mundo real. Un piso antes de llegar, una puerta semiabierta dejó llegar una canción; luego, el edificio parecía deshabitado. El sol que se filtró apagó levemente la oscuridad del pasillo. La puerta del ascensor se plegó hacia la nada con un leve ruido a metal. Un perfume de café los recibió en el departamento "C" del piso séptimo. Entraron sin apuro; ella apiló su cuaderno sobre los papeles de una mesa que no estaba vacía. Un puñado de semillas de trigo formaban un dibujo matemático; había un libro nuevo y objetos trabajados que le resultaron indiscifrables.

Lucía se mantuvo de pie. Miró con atención en un estante con discos de música variada, mientras Hernán servía dos tazas grandes con café, y terrones de azúcar. Eligió la música y por fin se sentó. Una oblea de chocolate se desgranó en diminutos pedazos sobre la mesa limpia, recuperados

al instante por las mismas yemas de los mismos dedos que apartaron aquel pétalo violeta un rato antes. Por un momento, la atención se concentró en las golosinas, hasta que solo quedaron dos bollitos de papel naranja y su interior metálico con restos de cacao, sobre un cenicero sin uso. Habían sido joyas en ofrenda ya devoradas sin magia ni ritual. No hay golosina que no sea efímera, pensaron sin decirse.

Conversaron un buen rato, sin acordarse ni de la música, ni de las palabras que poblaban sus cuadernos; tampoco importó el tiempo de las horas, ni el tiempo del buen clima. Fue en esos instantes cuando ella miró hacia la vasija con café, y sin quererlo, dejó ver su cuello desnudo y frágil; ese gesto vulneró el ritmo de latidos en el corazón de Hernán. Parecía comenzar la cuenta desde ese preciso momento. El cero primordial. A la inversa de la cuenta del ascensor: cero, uno, dos...

Acercaron sus sillas unos centímetros hasta formar dos rombos unidos en los vértices. Nunca notaron la simetría; tampoco percibieron que un viento suave entró por la ventana. Lucía miró a Hernán a los ojos para nombrarlo suavemente; Hernán la acarició en la mejilla de manera tramposa porque hizo que ella descansara el cuerpo tibio en esa mano que ahora tomaba su cara. La besó muy suavemente en el cuello, llevando los labios arriba y abajo, una y otra vez, entre un bretel entrometido y un largo mechón suelto escapado del conjunto del cabello. Suavemente, levemente, esos besos humedecieron el cuello de Lucía; con la respiración pausada y relajada, Hernán provocó un tibio frío que la estremeció hasta el suspiro.

Las manos quietas y ella derramada en esas manos. Una y otra vez los labios buscaban detenerse infructuosamente. La suavidad desapareció súbitamente mientras se entregaban impacientes, al desenlace. Con su mano izquierda, Hernán le acarició la cintura bajo la remera blanca que antes cobijó a aquel pétalo lila. Llegó con la palma de su mano hasta la altura del hombro. Ese hombro desnudo y brillante que Hernán comenzaba a amar. Ella se apoyaba en sus rodillas con las manos inquietas aprisionándolo. No estaba dispuesta a dejar que los cuerpos se separen. Se besaron en la boca, labio contra labio, sin mediar palabra, sin necesidad de

decir amor. Sin más necesidad que ese presente de fervor y manos tumultuosas.

Largos minutos después, los cuadernos reemplazaron a las tazas y los besos. El silencio fue borrado con costosas pronunciaciones en griego, inciertas, nunca confirmadas. Costaba creer que la letra Zeta fuera la sexta en orden. Dudaban del porqué de los dos símbolos de Sigmas. Lucía dibujaba en los márgenes las formas en cursiva, desparramadas en una constelación indescifrable. Estudiaban el idioma griego desde las copias de ajados apuntes, desgrabados mucho tiempo atrás en aulas perdidas imposibles de imaginar. Ni siquiera recordaban cómo los habían conseguido. Marcaban el sujeto, el predicado, señalaban el verbo. Iban al diccionario y daban sentido a la oración. Anotaban palabras y se sorprendían de las etimologías ocultamente familiares. Al menos dos horas, dos cafés y tres o cuatro páginas leídas. Recién allí hablaron de sus vidas. Aun no sabían cuánto más pasarían juntos; si habría una noche y un amanecer; tampoco importaba.

El balcón trajo sonidos perdidos de la ciudad. Rugidos de automóviles que parecían huir y sonidos del tiempo daban la noche. Dejaron el griego y pasaron a las imágenes. Lucía derramó una colección de fotografías en una mesa de vidrio. Eikón, dijo ella en su despliegue. Así pasaron un rato separando imágenes, que eran de flores y árboles gigantes. El sonido de una trompeta muy bien ejecutada retornó a la secuencia cuando el vidrio de la ventana se cerró, alejando al fresco nocturno. En ese acto, los mundos se escindieron. La imagen de un jacarandá en un campo de amapolas sobresalió entre las fotografías desplegadas; inexplicablemente, en su dorso amarillento, un texto en caracteres nunca descifrados esperaba paciente por algún lector.

Las luces del amanecer llegaron sin dar cuenta del tiempo. En ese despertar, ahora la ventana hablaba en sus oídos. Lucía tropezó con su propio perfume como si fuese otra persona en un mundo desdoblado. Aquel amanecer se repitió una, dos, quizás tres veces más, o nunca. Días y noches indecibles, si las hubo. Sin testigos ni relatos, nunca sabremos si la

historia de la ciudad subterránea en las imágenes tendidas en la mesa alcanzó a ser descifrada alguna vez; pues una de esas mañanas nunca llegó. El Malaver hizo impacto puntualmente antes del alba. Los refugios habían sido abarrotados días antes por las multitudes perplejas. Quienes eligieron no escapar de la ciudad, lo recibieron durmiendo o con indiferencia.

\* \* \*

## Segunda estación de moras y halcones.

### I. Más allá de la ruta del arroyo.

Breves lecturas en un valle del Sur.	5
La ruta del arroyo.	8
Convención.	9
Último verano en la ciudad.	12
Estación Sur.	13
Sueños de viajes y esperanzas.	16
La lenta red.	17
La posada del viento.	18
Vino dulce en el arroyo de la montaña.	20
Refugio del tiempo.	21
Los túneles de antaño.	23

### II. Segunda estación de moras y halcones.

Cartografía de un barrio inquieto.	27
El oráculo de los pobres.	29
Palabras.	31
Enroque.	34
La misión.	36
La mujer danza iluminada por sus telas.	37
Serenidad.	38
Lluvia fuerte en la ciudad amurallada.	40
Anunciación de San José.	42
Cinema.	46
Proyectos.	47
Luces del amanecer.	48
Haedo.	51
Mediodía.	52
Komorebi.	54
La savia encadenada.	55
Final incierto.	56

### III. El alba del cometa.

Pétalo violeta.	59
-----------------	----





